

CONSEJOS E INSTRUCCIONES

SOBRE EL

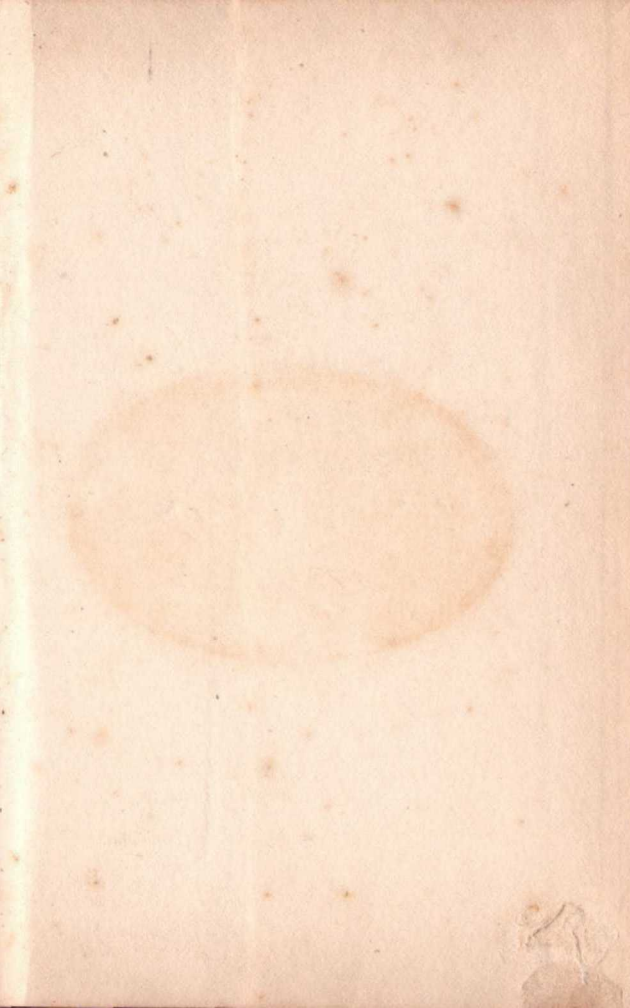
ARTE DE LA GUERRA

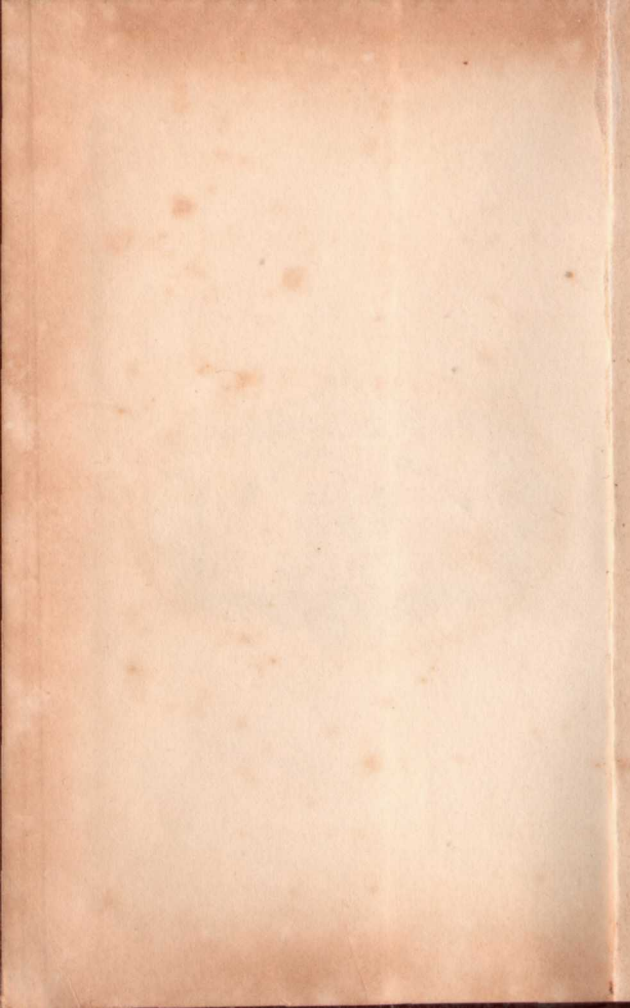


TOMAS PEREZ TENREIRO



EX LIBRIS





CONSEJOS É INSTRUCCIONES

SOBRE EL

ARTE DE LA GUERRA

UNIVERSITY OF TORONTO

LIBRARY

CONSEJOS
É
INSTRUCCIONES

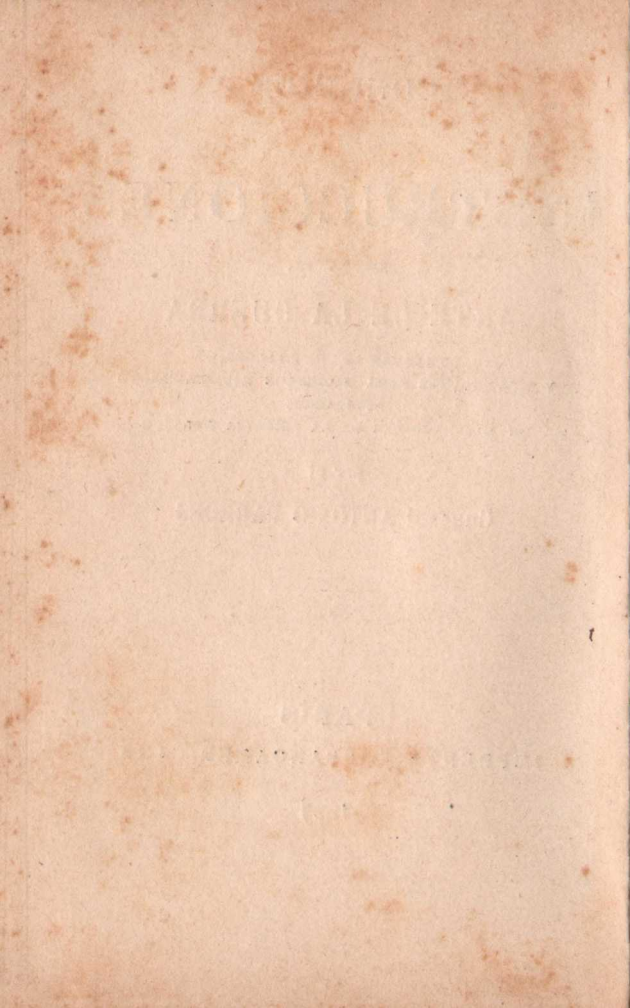
SOBRE EL
ARTE DE LA GUERRA

TRADUCIDOS DEL FRANCÉS,
Y MODIFICADOS PARA HACERLOS ESPECIALMENTE
APLICABLES
EN LAS NACIONES DE LA AMÉRICA DEL SUR

por el
General ANTONIO PAREDES

PARÍS
IMPRENTA HISPANOAMERICANA

—
1897



PRÓLOGO

El arte de la guerra es tan viejo como la humanidad. Desde la antigüedad más remota, cuando la Historia se deslinda de la fábula y permite distinguir con claridad los hechos, podemos ya observar que los principios porque se rigieron los buenos militares de aquellas edades son los mismos que han servido de norma á los de las épocas posteriores.

Milciades bate en Maratón á los persas (496 años antes de Jesucristo), y emplea los mismos medios que se usan hoy en casos análogos : se aprovecha de las faltas de sus contrarios, los sor-

prende, utiliza bien el terreno, etc. — Jenofonte, en su retirada inmortal (401), toma las mismas disposiciones que han tomado los mejores generales de nuestros días en circunstancias semejantes. — Epaminondas en Leuctra y Mantinea (371-362), combate en el mismo celebrado orden oblicuo que usó Federico II en la batalla de Leuthen á mediados del siglo último. — Alejandro, en su primera guerra de invasión (334) se maneja lo mismo que Gustavo Adolfo al invadir la Alemania en 1631. — Y en la misma época, es decir, hace veintitrés siglos, Menón de Rodas aconsejaba á Darío el mismo sistema de guerra defensivo que emplearon, Wéllington en Portugal contra Masena en 1810, y los rusos contra Napoleón en 1812.

Podríamos citar otros muchos ejemplos durante todos los periodos de la

Historia, pero creemos que éstos bastarán para demostrar que los principios de la guerra han sido, son y serán siempre los mismos, y que nada ó muy poco se ha inventado hasta el presente en el sublime arte.

Pero, no obstante la verdad de esta afirmación, si en los países del Nuevo Mundo, especialmente en los de Sur América, á pesar de la escasez de vías de comunicación, de la carencia de mapas detallados de los lugares, de nuestra poca población, de nuestros pequeños ejércitos, casi siempre improvisados; si á pesar de todas esas diferencias esenciales, pretendiésemos hacer la guerra copiando servilmente los usos europeos, caeríamos en el ridículo, y lo que es aun peor, nos inutilizaríamos para obtener grandes resultados militares. Los principios, como ya hemos

dicho, son los mismos en todas partes y en todos los tiempos ; pero los medios cambian, y es preciso hacer diferencias en los procedimientos.

En 1894 tradujimos del francés algunos de los escritos del mariscal Bugeaud, con ánimo de hacerlos conocer á la oficialidad que se preparaba á concurrir con nosotros en cierta empresa militar ; pero ésta fracasó en estado de proyecto por circunstancias que no es del caso recordar aquí, y sólo nos quedaron de esa época tristes recuerdos, y el mencionado manuscrito que sirvió de base al presente opúsculo.

Venezuela es un país de bravos : la Historia de su emancipación está llena de brillantes ejemplos de valor ; y en las guerras civiles posteriores encontramos rasgos sobresalientes que prueban que la sangre de nuestros mayores cir-

cula aún vigorosa en nuestras venas. Mas sin trabajo se descubre también al recorrer su historia, que nuestros militares de todas las épocas han dado poca importancia al estudio del arte de la guerra; y si nos fijamos en la época presente, observamos que son muy contados los que le dedican alguna atención.

Pensando en estas cosas hace algunos meses; convencidos de que el valor solo no puede darnos el éxito en la guerra, particularmente si combatimos contra enemigos instruídos; recordando que el año pasado estuvimos á punto de vernos envueltos en una guerra desproporcionada, para rechazar las agresiones de una potencia europea; y que si esa guerra se hubiese declarado se habría perdido el esfuerzo de millares de valientes compatriotas, por falta de un

guía que les proporcionara los conocimientos más indispensables, tuvimos la idea de imprimir y publicar los escritos arriba mencionados para divulgar entre las masas los principios saludables que contenían; mas como al revisarlos nos pareciera que en la forma en que estaban no podían ser verdaderamente útiles en Venezuela, resolvimos dedicar los ratos que nuestras ocupaciones nos dejaban vacantes, á despojarlos de todo lo superfluo, á agregarles las ideas de otros militares notables de distintos países de Europa, recortar aquí, intercalar más allá, tomar á veces las ideas y prescindir de la forma, traducir fielmente cuando ésta nos parecía bien, y por último, mezclar algunas de nuestras propias ideas, para tratar de producir un conjunto uniforme, un resumen del arte de la guerra, especialmente apli-

cable en los países de la América española.

Si este propósito que ha tomado forma en el presente opúsculo mereciere la aprobación de nuestros conciudadanos; si esta obrita contribuyere á despertar el gusto por los estudios militares, y las ideas en ella contenidas sirviesen de algun modo á la Patria en cualquiera emergencia, quedaremos completamente satisfechos.

Habríamos deseado agregar algunas nociones sobre organización, fortificación de campaña, etc.; pero las reducidas dimensiones del libro no lo permiten, porque es expresamente hecho para ser llevado en el bolsillo.

Dedicamos este pequeño trabajo en primer lugar á nuestro padre, general M. A. Paredes, á quien el amor á la Patria ha inspirado siempre todos los

actos de su carrera militar y política; después, á la generación militar á que pertenecemos, y muy particularmente á los jefes y oficiales que han combatido á nuestras órdenes contra los violadores de las leyes.

Para terminar este ya largo prólogo réstanos sólo advertir que este libro no tiene pretensiones literarias, ni aspira al alto honor de ingresar en las bibliotecas de los sabios: traducido y puesto en orden por un soldado que no tiene tiempo para rebuscar palabras ni redondear frases; y siendo, por otra parte, destinado á soldados, sus pretensiones se reducen á ser útil, y *sus deseos*, á vivir *en familia* con la gente de guerra en el campamento ó el cuartel.

GENERAL ANTONIO PAREDES

París, junio de 1897.

CONSEJOS É INSTRUCCIONES

SOBRE EL

ARTE DE LA GUERRA

PRINCIPIOS GENERALES

I

Conócete á ti mismo.

Ve de lo que eres capaz, á fin de que no emprendas sino lo que puedas llevar á cabo.

No presumas de tus fuerzas, pero tampoco desconfies de ellas.

Si eres libre no aceptes una misión superior á tu capacidad, á tu valor ó á tus medios.

Si no eres libre y se te impone una responsabilidad, esfuérzate por persuadirte de que puedes aceptarla y procede lo mejor que puedas.

Observa si tu inteligencia se ilumina en los casos difíciles y si tu valor crece en el peligro : en caso afirmativo, lánzate atrevidamente en los azares de la guerra.

Una voluntad firme y el amor del deber llevan á menudo más lejos que el entusiasmo: no desesperes, pues, de ti mismo, si la necesidad más que la vocación te retiene bajo las banderas. Algún recluta desertó de su primer encuentro y se hizo más tarde un héroe.

Un trabajo tenaz, la práctica y la reflexión, pueden, con el tiempo, hacer de un oficial al principio mediocre, un buen general.

II

General ó soldado, proponte siempre un fin. Cuando uno sabe á donde se dirige es raro que no llegue á su objeto.

No digas jamás : *yo obraré según las circunstancias* ; di más bien : *yo obraré así, á pesar de las circunstancias.*

En tanto que tu imaginación permanezca

en suspenso, que no veas claramente lo que debes hacer, no te aventures á obrar; es preferible permanecer inmóvil, á moverse á ciegas en una vía cuyo término no está bien definido. Pero una vez tu objeto determinado, bueno ó malo, no lo pierdas de vista. Supera ó elude los obstáculos, pero marcha adelante sin vacilaciones hasta que lo hayas alcanzado. La tenacidad muchas veces ha reemplazado al genio.

III

Hay hombres afortunados cuyas empresas siempre obtienen buen éxito: no te imagines ser uno de esos hombres; pon de tu parte todas las probabilidades. No descuides ningún medio, ni el más pequeño. Un gran resultado final es más frecuentemente producido por muchas combinaciones vulgares, reunidas ó sucesivas, que por el efecto de un solo y poderoso esfuerzo.

Calcula todo, prevé todo, organiza todo, para que puedas darte exacta cuenta de los

medios de que dispones, á fin de no contar sino con éstos.

IV

Sé activo y vigilante en el servicio, lleno de solicitud, y sobre todo, justo para con tus inferiores.

Subordinado, no critiques jamás las órdenes de tus superiores; respeta una posición llena de dificultades. Si no puedes cambiar nada en una disposición que te parece mala en sí misma, es bueno que sepas que ella puede siempre alcanzar buen éxito por tu valor y tu buena voluntad.

EDUCACIÓN (*).

El capitán es responsable de la buena dirección impresa á los hombres de su com-

(*) Este artículo sobre la educación del soldado y los dos siguientes sobre el servicio interior y servicio de plazas, son tomados de una obra del

pañia: partiendo de esta base tiene el deber de asegurarse de cómo conoce cada uno de ellos sus obligaciones y de tomar medidas para hacer desaparecer toda insuficiencia que pueda descubrir.

Un mal hábito, que se ha perpetuado desde la época en que los oficiales eran « señores » les hace considerar como penoso completar y verificar la instrucción de sus subalternos.

Es tiempo de abandonar estos errores. La fraternidad militar seria, verdaderamente digna de gentes que se estiman, no está reñida con las obligaciones del servicio, por el contrario, las presupone. El que tiene la autoridad y el deber de enseñarme el oficio de que depende mi porvenir, y retrocede ante esta tarea por un falso sentimiento de delicadeza, no es un verdadero camarada. Todavía una vez más: la fraternidad militar

general ruso Dragomiroff: les hemos hecho pocas alteraciones, porque nuestras ideas sobre esos particulares están en un todo acordes con las suyas.

está tan lejos de ser incompatible con las exigencias del servicio, que de éstas es que ella emana directamente. La familiaridad es la que en realidad es inadmisibile, porque es contraria á los intereses del servicio.

Cuando se trata del hombre es preciso recordar ante todo, que durante el combate, no es tanto en virtud de la destreza que se le ha hecho adquirir, que sus piernas lo llevan con más ó menos intrepidez y que sus brazos se mueven de una manera más ó menos sensata. Aquí todo depende en primer lugar del modo de palpar el corazón y de cómo razona la cabeza, y por consiguiente, del corazón y de la cabeza es que debe tenerse cuenta ante todo cuando se trata de formar un soldado.

Es incontestable que por las piernas y los brazos puede llegarse á hacer entrar algo hasta el corazón y la cabeza; pero, en primer lugar, ese algo no es suficiente para el hombre que está llamado á dar la vida por su país, y en segundo, se obtienen algunas veces por este medio los resultados más imprevisos y más directamente opuestos á lo que

se desea. Es, pues, un grande error en un jefe de compañía el imaginarse que al enseñar á su gente el ejercicio de la bayoneta, el tiro, las evoluciones, el empleo del terreno, ha hecho todo lo necesario y que lo demás vendrá por sí solo. Se puede ser de primera fuerza en la esgrima, en el tiro, etc., etc., y al mismo tiempo no tener ninguna idea del deber militar. Tratad, pues, de arraigar en el soldado el sentimiento del deber, desarrollad en su cabeza las ideas de honor y de honradez, fortificad y levantad su corazón, y será lo demás lo que vendrá naturalmente.

Algunos nos objetarán : « según vuestro sistema, no hay necesidad de enseñar ni la bayoneta, ni el tiro, ni la marcha », á lo cual responderemos que no hay tal cosa ; pero que se confirme al hombre en el sentimiento del deber, desarróllense en él las ideas de honradez y honor, y será mucho más fácil enseñarle todas esas cosas, que si estuviese privado en parte ó enteramente de estas cualidades.

Nuestra tarea se ha hecho por el momento muy complicada ; el éxito no es posible sino

con la condición expresa: 1.º, de repartir el trabajo de la manera más conforme á su objeto; 2.º, de escoger un método que dé resultados tan sólidos y rápidos como sea posible. El primer punto exige: 1.º, que un plan racionalmente elaborado presida á toda la instrucción, so pena de omitir alguna cosa, ó de consagrar á los diferentes ramos de la instrucción un tiempo que no esté en relación con la importancia de cada uno; 2.º, que el jefe de compañía se dé cuenta exacta de la parte que le incumbe necesariamente en la instrucción, y de la que corresponde á los otros oficiales y á los instructores.

Se sabe que la preparación de las tropas presenta dos ramas bien distintas: la educación y la instrucción. La primera comprende los reglamentos sobre el servicio interior y sobre el servicio de plaza; la segunda, los reglamentos de ejercicios y de maniobras, la instrucción del tiro, la esgrima de la bayoneta, las maniobras con un fin táctico, etc., etc. *El jefe de compañía debe encargarse él mismo de confirmar los reclutas en el conocimiento de la primera de estas dos ramas, y*

no completamente, pues esta misma rama presenta dos fases bien distintas, á saber: las obligaciones propiamente dichas y el ceremonial usado en la ejecución. *Se da por sabido que el jefe de compañía no está obligado personalmente sino á inculcar las obligaciones.*

La enseñanza del ceremonial puede ser confiada á todo instructor de alguna inteligencia, y el jefe de compañía se limitará para esta parte de la instrucción, como para las otras, á verificar el trabajo de los que lo ayudan.

En cuanto al método puede formularse en dos palabras: *preferir el ejemplo á la explicación verbal en todos los casos en que sea posible.* Cuando no haya ningún medio de evitar algunas explicaciones verbales convendrá aprovechar la primera coyuntura que se presente para confirmar y aclarar la cosa por medio de un ejemplo que el soldado pueda ver. Más vale mostrar una vez que explicar veinte veces.

Todavía una observación á propósito de la enseñanza oral: no debe olvidarse jamás que

uno se dirige á gentes sencillas, y que es necesario: 1.º, no exponerles á la vez más de una ó dos ideas, y exigir que inmediatamente repitan lo que se les ha dicho; pero que no haya conferencias con el soldado; 2.º, evitar las palabras que no son empleadas sino en los libros; 3.º, no enseñarles nada que no sea absolutamente indispensable.

Para llevar esta tarea á buen fin es preciso unir la paciencia y la perseverancia á la energía. Hay gentes que confunden esta energía con los arrebatos de cólera. Ese es un gran error. Las exigencias del servicio no incluyen arrebatos de esta naturaleza. Todo lo contrario; el que se pone fuera de sí, no hace sino satisfacer una inclinación natural hacia la cólera; pero las exigencias del servicio están lejos de autorizarlo para ello. Esa tendencia no puede sino inspirar á los subordinados la idea de compadecer ó censurar las extravagancias de sus jefes, y por consiguiente no es en semejante escuela que aprenderán la buena ejecución del servicio. No hablamos de los que van hasta las vías de hecho: esas licencias son absolutamente

prohibidas por la ley, y los que así proceden faltan al respeto que á ella se debe. Con ese sistema se llegaría más bien á intimidar á los hombres que á instruirlos, y en consecuencia se les haría menos propios, y aun algunas veces enteramente incapaces para el servicio.

Dad vuestras órdenes y haced vuestras observaciones brevemente, con precisión, sin tartamudear, y en un tono que imponga la obediencia, de manera que cada uno pueda comprender lo que queréis y sentir que lo queréis en bien de todos: entonces no tendréis necesidad de gritar ni de hacer aspavientos. Es verdad que en nuestro oficio (en la maniobra especialmente), uno se enfada algunas veces sin percibirse de ello; pero es preciso no olvidar que satisfacer las inclinaciones naturales, no es satisfacer á las necesidades del servicio, y que debemos esforzarnos en reprimir esos arrebatos, en lugar de permitir que se aumente en nosotros la propensión á la cólera.

El recluta llega al cuartel con una disposición muy marcada á obedecer, ó, lo que

da lo mismo, á ejecutar las órdenes que recibe. Antes de su entrada al servicio, desde su infancia, él ha contraído el hábito de obedecer al jefe de la familia, y al llegar á ser hombre, á los representantes de la autoridad que están en contacto inmediato con el campesino. No hay, pues, sino que especializar esta facultad en una dirección conforme á las exigencias y al carácter del servicio militar.

El carácter propio á la ejecución del servicio militar consiste *en la puntualidad y en la prontitud* para ejecutar las órdenes, basadas ambas cosas en una *abnegación sin límites* y sostenidas por la mayor actividad en las funciones de la inteligencia. Todas estas condiciones son indispensables para la guerra, puesto que en ella el éxito depende del concurso unánime de las *masas* en la ejecución del pensamiento y de la voluntad de *uno solo*. Es claro: sin puntualidad y sin prontitud de ejecución no hay unidad de acción posible, — sin abnegación no hay buena voluntad para sufrir y para morir, — sin actividad de inteligencia no puede haber aptitud para asir, si así puede decirse, la volun-

tad del jefe, y para desenvolverse y descubrir los medios de realizarla en las mejores condiciones de éxito. No debemos olvidar que nuestra misión es matar y hacernos matar. Es un punto sobre el cual no debemos cerrar jamás los ojos. Hacer la guerra matando sin hacerse matar, es una quimera; hacerla haciéndose matar, sin matar á su vez, es una necesidad. Es preciso, pues, saber matar, estando al mismo tiempo prestos á morir. El hombre que no teme á la muerte es terrible; sólo ella lo detendrá en el camino de su objeto. Pero si se puede matar fácilmente á un hombre, no se puede matar á toda una compañía, á todo un batallón. Es preciso, en consecuencia, que el soldado esté educado de manera que no tema hacerse matar, sabiendo al propio tiempo vender cara su piel.

Para eso se necesita abnegación é inteligencia — y para venir en ayuda de esta última, es necesario dar al soldado, tanto como al oficial, la instrucción más razonada y profunda sobre todo lo que constituye su especialidad. El espíritu de abnegación en el

hombre de guerra, se fortifica principalmente por medio de la educación, mientras que el desarrollo de su inteligencia en el sentido de la guerra, lo adquiere sobre todo por la instrucción. Pero la educación y la instrucción conducidas racionalmente se prestan un apoyo mutuo. Cuando la educación ha hecho del hombre un ejecutante consciente y fiel, es más fácil enseñarle á practicar todo lo que se quiere, incluso el ejercicio de la bayoneta, el tiro, las maniobras; y recíprocamente, á fuerza de repetir los ejercicios que exigen esos diferentes ramos de la instrucción, el mismo hombre llegará á ser más apto para ejecutar. En este sentido *la instrucción contribuirá tanto más á confirmar los resultados de la educación, cuanto las exigencias de esa instrucción estén más en armonía con su fin*, es decir, cuanto cada una de esas exigencias permita descubrir claramente su objeto. Ejemplo: Nosotros enseñamos al soldado á apuntar una vez, dos veces, veinte veces de seguida; el más torpe comprenderá nuestra intención; luego hacemos repetir al mismo soldado un movimiento del

manejo del arma también veinte veces de seguida; el más inteligente no comprenderá nada. Puede suceder que sea por castigo que le hagamos repetir ese movimiento; en este caso, debemos proceder de manera que el soldado comprenda que lo hacemos expresamente para castigarlo.

No se debe creer que el empleo de castigos severos pueda contribuir á acelerar y á perfeccionar la educación del soldado. El mejor procedimiento consiste en mostrarse siempre igual, inflexible é invariable en las exigencias que se le han hecho desde el principio. Que sepa bien que lo que se le ha dicho una vez debe ser siempre ejecutado como se le ha dicho, so pena de incurrir infaliblemente en algún castigo, por ligero que sea; que se convenza por su experiencia personal de que ciertos actos le acarrearán siempre ciertos castigos, y que por el mismo hecho no será un día arrestado, y felicitado el día siguiente. En una palabra, que él vea y haga lo mismo hoy, mañana y durante todo su tiempo de servicio. Entonces se acostumbrará á la ejecución fiel de sus deberes por rutina, es decir,

se convertirán para él en una segunda naturaleza.

SERVICIO INTERIOR.

El servicio interior abarca toda la existencia del soldado, y determina sus deberes al mismo tiempo que sus derechos. El soldado debe conocer los unos y los otros de una manera bien positiva para que vea que la ley al imponerle obligaciones, lo garantiza al mismo tiempo contra injustos atentados. Pero sin olvidarnos de hablar al soldado de sus derechos, es preciso insistir, principalmente durante la instrucción, sobre sus obligaciones. Las bases del servicio interior están todas contenidas en los cuatro preceptos siguientes: 1.º, ejecuta todo lo que tu superior te ordene; 2.º, no te ausentes jamás sin permiso; 3.º, si te sucede cualquier cosa comunicala siempre á tu jefe inmediato; 4.º, ten cuidado de tu cuerpo y de tus vestidos (el comandante de compañía no tiene tiempo de ocuparse de este último detalle, que corresponde á los oficiales subalternos; pero él

pasa revistas para evitar que haya descuidos). Un soldado al cual se ha inculcado bien el hábito de las cuatro prescripciones precedentes es un hombre con quien se puede contar. Es preciso, pues, no exponerse á perderlas de vista, extraviándose en los detalles. Por otra parte, como cada hombre tiene un cuerpo á la vez que un alma, todo negocio humano tiene un lado moral que concierne al alma y un lado material que concierne al cuerpo. El lado material en el servicio interior se traduce en las muestras de respeto debidas á los diferentes grados. Al rendir honores á un superior, el soldado expresa con ello su subordinación, al mismo tiempo que cumple un deber de cortesía, exigido por la decencia en general, aun fuera de la sociedad militar. Pero hay reciprocidad en estas marcas exteriores, y los oficiales que no responden á los honores que les son rendidos, no hacen bien; dejan ver de ese modo que son menos educados que los soldados y además les dan un ejemplo sensible de infracción á las prescripciones del reglamento. *Cuando uno mismo no*

brilla por una ejecución fiel de sus obligaciones, no tiene autoridad para inculcar esta cualidad á los otros.

Al ocuparse de confirmar al soldado en la ejecución de sus deberes, es indispensable tratar de desarrollar constantemente en él el conocimiento innato que posee de la importancia de cada uno. En la práctica, cuando hay que satisfacer varias exigencias á la vez, éstas pueden encontrarse en colisión; y como es imposible hacer dos cosas al mismo tiempo, pueden ocurrir casos en que el mismo soldado, si no se le ha enseñado á hacer distinciones, puede ejecutar lo menos importante y descuidar lo esencial. Ejemplo: Un superior pasa y en el mismo momento un malhechor se lanza sobre él. ¿Debe el soldado dar frente, rectificar su posición y hacer el saludo militar, ó debe saltar sobre el malhechor y salvar á su jefe?

Se puede llegar á inculcar al soldado el conocimiento instintivo que tiene de la importancia de sus diferentes obligaciones, primero, *graduando los castigos que se le imponen*; pues si se le castiga por las infrac-

ciones ligeras tan severamente como por las faltas graves, se le dejará la impresión de que las unas y las otras tienen *una importancia igual*. En segundo lugar conviene desarrollar su discernimiento por medio de ejemplos juiciosamente concebidos; un hombre sencillo á menudo no comprende, ó comprende al revés las explicaciones abstractas; pero cualquiera se encuentra en estado de **asir** y retener una parábola. Un ejemplo más: un oficial siente en la calle un mal-estar **súbito** y cae. Pasa un soldado que hace el saludo **militar** y rectifica su posición ante el oficial. **Sobreviene** otro soldado que sin rendir ningún honor al oficial, se precipita sobre él, lo levanta y lo conduce, ó aun lo transporta en hombros á **su** alojamiento. ¿Cuál de los dos es un verdadero soldado? Otro ejemplo: sucede una catástrofe; se necesitan socorros sin pérdida de un **minuto**. Tocan generala: un soldado acude vestido como estaba un momento antes, no habiéndose tomado sino el tiempo de saltar sobre su fusil y sus cápsulas, y en un abrir y cerrar de ojos se encuentra en el lugar donde

reclaman su presencia. Otro se retarda para ponerse en un traje perfectamente correcto y por consiguiente no llega á tiempo. ¿Cuál de los dos soldados ha cumplido mejor sus deberes?

Con razón dice Pedro el Grande en una de sus órdenes inmortales, que « en el reglamento están escritos los usos y costumbres; pero no se encuentran en él los azares »; por lo tanto no conviene aplicar esos usos y costumbres sino *con discernimiento*. Así, pues, el soldado — y aun más el oficial — deben tener cuenta, no solamente del reglamento, sino también *del tiempo y de las circunstancias*.

¿Quién puede proporcionar al recluta una educación moral semejante si no es el jefe de la compañía en persona? Si hasta el momento de llegar á ser comandante de compañía él ha hecho bien su servicio, debe conocer, no solamente el reglamento, sino poseer también el arte de combinar sus explicaciones, de modo que el soldado sepa lo que es más importante, y no descuide, sin embargo, de ejecutar con puntualidad aún las obliga-

ciones más secundarias. En una palabra, él sólo puede conocer « el tiempo y las circunstancias », mientras que los oficiales subalternos podrán saber bien el reglamento; pero la experiencia les faltará casi siempre, y la mayor parte de las veces no sabrán cual es el modo de hacerse entender por las gentes simples. Antes de encargarlos de una instrucción semejante, es preciso que sobre ese punto sean primero *discípulos del mismo jefe de compañía*.

El comandante de compañía consagrado á sus obligaciones, debe tomar sobre sí el cuidado de inculcar á sus subalternos las partes esenciales del servicio interior aún por otra razón: y es que estando en contacto inmediato y constante con todos, necesariamente llegará á conocer bien sus hombres bajo el aspecto intelectual y moral, y á hacerse conocer de ellos, condición de la más alta importancia para transformar la compañía — de una aglomeración de hombres — en un organismo compacto cuya cabeza es el mismo jefe de compañía.

Repartiendo así el trabajo, los instructores

y los oficiales subalternos quedarán encargados de confirmar los antiguos soldados en el cumplimiento de sus deberes, de los ejercicios preparatorios de maniobras, del ejercicio de la bayoneta, del tiro, de enseñar á los reclutas las demostraciones de respeto debidas á los superiores, y, en general, de todo lo que corresponde al ceremonial. En cuanto al comandante de compañía, él se reservará la inspección general de toda la instrucción y el cuidado de coronarla, formando del todo un conjunto armónico y compacto.

SERVICIO DE GUARDIA Ó DE PLAZA.

El servicio de guardia es el primer escalón en la vía que conduce hasta conseguir la consagración del soldado para el servicio del campo de batalla, y como tal, tiene una importancia enorme. Una vez en facción, el simple soldado se encuentra encargado de la salvaguardia de objetos y de intereses de la más grande importancia; él está además investido de un derecho terrible de vida ó muerte sobre sus semejantes y abandonado

á su solo discernimiento para juzgar de las circunstancias en que deba aplicar ese derecho, sin que nadie pueda guiarlo ó indicarle la decisión que debe tomar. Si él no mata cuando es preciso es sometido á juicio; si mata cuando no es necesario, pasa también á ser juzgado. El soldado en facción está obligado á observar su consigna hasta la muerte; no puede obedecer las órdenes de aquellos á quienes debe, en tiempos ordinarios, una sumisión absoluta; está obligado á luchar contra la fatiga, por el solo sentimiento del deber, sin que ninguna vigilancia lo estimule; no puede dejar su puesto, aun estando amenazado de una pérdida cierta, en tanto que no sea relevado por el que lo situó; es preciso que él resista á tentaciones de toda especie. En resumen, el servicio de guardia es el primer servicio real del soldado en tiempo de paz; todo lo demás no es sino una preparación para este servicio.

El servicio de guardia exige como condición expresa que el soldado tenga buen sentido y carácter; pero á su turno este servicio contribuye á desarrollar esas cualidades: á

la verdad, es preciso tener la cabeza bien á *plomo* y el corazón alto y firme para salir sin afrenta de situaciones en donde hay lugar á tomar decisiones tan opuestas: matar ó no matar; obedecer ó no obedecer.

No hay necesidad de más demostraciones para que se comprenda que fuera del jefe de compañía, es decir, del hombre responsable y maduro por la experiencia del servicio, no hay en ella nadie á quien pudiese encargarse de sentar las bases de un asunto tan espinoso y tan lleno de dificultades para un soldado joven.

Pero, ¿cómo componerse para enseñar este gran asunto, para llegar á asimilarlo pronta y sólidamente? Sin duda que es inevitable comenzar por el libro del reglamento; pero, ¿cómo? ¿Será preciso abrir el reglamento del servicio de plazas y partir de la primera página? Existe un gran número de personas que lo hacen así, ó por lo menos, admitiendo todavía que nadie comience por los deberes del comandante de plaza, hay en todo caso más de un jefe de compañía que comienza en el capítulo :

« Diferentes puestos, puestos de oficiales, puestos de sargentos y cabos... » ; *Qué equipaje inútil para un recluta y aun para un antiguo soldado! Si alguna cosa puede interesarles en esta parte del servicio de plazas la aprenderán mucho mejor con la práctica diaria; pero todo esto no tiene ninguna relación con los deberes más importantes, y los únicos cuyo conocimiento es indispensable al soldado, á saber : LOS DEBERES DEL CENTINELA.*

El jefe de compañía no debe olvidar un solo instante que en la instrucción del soldado, principalmente en la primera instrucción, *todo lo que es inútil es dañoso*; pues eso no puede servir sino para hacer sombra en su espíritu sobre lo que es verdaderamente necesario. Por todo lo cual, al empezar la instrucción sobre el servicio de plazas, el jefe de compañía debe preocuparse más aún de lo que debe callar que de lo que debe decir.

Al comenzar esta instrucción es preciso, ante todo, darse cuenta exacta: 1.º de los párrafos que definen las obligaciones pro-

piamente dichas y de los que reglamentan el ceremonial, es decir, el rito exterior. Se sobreentiende que los oficiales y sargentos primeros deben conocer todos los párrafos; pero se puede hacer ya una eliminación para los sargentos segundos, otra para los cabos y en rigor para los soldados distinguidos; en fin, será preciso no conservar para el simple soldado sino los párrafos que le son absolutamente necesarios, y que, bien entendido, deben ser perfectamente sabidos de todos los que están por sobre él.

Después de haberse dado cuenta exacta de todo eso, será preciso limitarse para la instrucción de los reclutas, durante los primeros tiempos, á los párrafos relativos al soldado, es decir, á los que definen los deberes del centinela. En ese asunto no deben existir diferencias, pues si en un momento difícil, sucede por casualidad, que una situación delicada é importante le toca á un hombre cuya instrucción no esté terminada, pueden suceder grandes desgracias.

Por otra parte, cuando uno sabe manejarse, no es imposible adiestrar convenientemente

temente un recluta por torpe que sea. Para alcanzar ese resultado es preciso apelar al ejemplo y no limitarse jamás á explicaciones verbales. El ejemplo aplicado al servicio de guardia, se convierte, propiamente hablando, en una especie de *prueba* ó *ensayo*.

He aquí cómo se puede proceder: suponemos que un recluta cualquiera sabe ya explicar bien verbalmente todo lo que tiene que hacer cuando está de facción: no dejar tocar su fusil por nadie; no obedecer absolutamente sino al que lo puso de centinela y al jefe del puesto; no aceptar regalos de nadie; no aceptar aumentos de consigna, etc., etc. ¿Podremos tener la conciencia tranquila con respecto á él? ¿Está probado que posee á fondo el conocimiento de sus obligaciones? Sin duda hemos verificado que sabe explicarlas; pero en suma, no estaremos seguros de él, sino después de haberlo visto desempeñarse. Pongámoslo, pues, á prueba, es decir, en una situación embarazosa en que él pueda estar tentado de olvidar algunos de esos deberes que enumera

tan correctamente en palabras, y veamos lo que va á hacer.

Ejemplos : Se han colocado en facción algunos reclutas que parecen deber estar ya bien instruídos sobre los deberes del servicio de guardia, á cierta distancia los unos de los otros : éste está delante de un almacén de provisiones, el de más allá delante de un depósito de pólvora, etc. (figurados, se entiende, en un lugar cualquiera del cuartel). Acercaos al primero : él os rinde los honores : « ¡Hola, el amigo! ¿cómo tienes tu fusil? ¡más á la derecha! ¡No! ¡Más á la izquierda! ¡Pero, no, tampoco es de ese modo! tómallo así ». Y al mismo tiempo le tomáis su fusil, aparentando querer mostrarle la posición. Si cae en el lazo : « ¡Cómo! ¡Qué vergüenza! Un centinela que se deja tomar su fusil! » El soldado se pondrá muy confuso, y podéis estar seguro de que no se dejará engañar otra vez. Si, al contrario, no se ha dejado coger en la trampa : « Muy bien, mi valiente! ¡Toma para que bebas un trago á mi salud! » Y le dejáis deslizar en la mano una moneda. Si rehusa

la propina, perfecto; es un hombre que conoce sus deberes. Pero si acepta: « ¡Cómo! ¡Tú aceptas regalos estando de facción! ¡Eso es vergonzoso! » Supongamos ahora que se trata de un centinela delante de un depósito de pólvora. Adelantaos con un cigarro en la boca. Si el hombre no os grita que debéis deteneros, ya está en falta; pero aun en el caso de que os mande detener, continuad avanzando como si no hubieseis oído, para forzarlo á usar mayor energia en su voz de mando. Ó bien interpedadlo: « ¡Cómo! ¡Á mí, tu jefe de compañía, me prohibes pasar! » ¡No se pasa! « ¿Qué dices? » ¡He dicho que no se pasa! « ¿Y si yo no te obedezco? » En semejante caso el soldado se queda generalmente confuso y uno tiene todas las penas del mundo para hacerle comprender que debe enviar una bala ó un bayonetazo á todo contraventor. « ¡Y bien! hiéreme, si violo tu consigna; no olvides que cuando estás de facción eres un ser sobrenatural, tú dominas el mundo. » ¿Queréis aseguraros de si vuestros hombres se acuerdan de que no deben obedecer

sino á los cabos que los situaron en sus puestos? Ordenad en alta voz: « Relévense los centinelas después de esta instrucción »; y os habréis arreglado anticipadamente para que esta operación sea ejecutada por otro cabo.

Se pueden inventar de esta suerte pruebas correspondientes á cada una de las obligaciones del servicio de guardia, y, bien entendido, que cada comandante de compañía es libre de combinar estas pruebas á su gusto.

Esta manera de proceder permite inculcar profundamente al soldado la conciencia de sus deberes. Para las gentes sencillas la teoría es un medio de enseñanza estéril y lento; pero los ejemplos, los casos particulares entran ligero en su entendimiento y se graban en él fuertemente.

Todo el ceremonial del servicio de guardia es repasado bajo la dirección de instructores y demostrado *exclusivamente por medio de ejemplos*; ni durante el período de instrucción, ni durante las inspecciones que tienen por objeto comprobar los resultados

de esta enseñanza, deben exigirse respuestas verbales sobre ese asunto, pues el ceremonial es negocio de pura forma y de ejecución, y no hay necesidad de saberlo recitar de memoria. Se evita así una pérdida de tiempo en beneficio de cualquier otro objeto realmente necesario.

SERVICIO DE AVANZADAS.

En Venezuela sería contraproducente emplear el sistema de avanzadas á que se ven obligados los ejércitos en Europa para preservarse de las sorpresas : con ello no haríamos sino fatigar excesivamente las tropas sin ninguna utilidad.

Valiéndonos de medios mucho más sencillos podemos guardarnos de un modo que nos permita tomar las armas sin confusion, y disponernos al combate, antes que el enemigo pueda ofendernos con sus fuegos.

En el día bastará ocupar con puestos muy débiles los puntos culminantes de los alrededores de donde se pueda ver lejos. En la

noche, como la vista no puede abarcar grandes espacios, es necesario colocar puestos á mayores distancias del campamento.

Este principio es diametralmente opuesto á los usos recibidos y á las reglas escritas en ciertos libros; pero no por eso es menos conforme al buen sentido.

Entremos en la práctica que él comporta :

Cuando el terreno lo permite se acampa generalmente en cuadro. El campamento debe ser establecido con prontitud, á fin de hacer descansar á las tropas cuanto antes. Al detenerse éstas para acampar, se detendrán también las guerrillas de exploradores que marchan al frente, por los flancos y á retaguardia, y vigilarán todas las avenidas hasta la hora en que se establezca el servicio nocturno.

Mientras se forma el campamento, el oficial superior encargado del servicio de avanzadas hará salir al frente las tropas que esten de guardia ese día, y formará una cadena de pequeños puestos al rededor del cuadro á distancia de 40 á 50 pasos de cada frente, y de modo que nadie pueda entrar

ni salir sin ser visto *. Hecho lo expresado anteriormente, el oficial dispondrá el servicio de la noche, como sigue :

Destinará una guardia á vigilar cada una de las vías por donde se presume que pueda venir el enemigo, y la dividirá en tres partes iguales numeradas 1, 2, 3. El n.º 1 se situará en la vía que se haya de guardar, á 300 pasos de la cadena de puestos del campamento, y se reposará bajo la salvaguardia de un centinela que se relevará cada hora. El n.º 2 se situará en la misma vía, á 500 pasos del n.º 1, y reposará del mismo modo. El n.º 3 se colocará á otros 500 pasos del n.º 2, no sobre la vía, sino ocultándose á un lado, detrás de algún matorral, barranco etc., de modo que pueda ver bien la vía, sin ser visto del que venga por ella. Toda la tropa

*. Es preciso designar temprano á los zapadores los sitios donde deben hacer los hoyos destinados á servir de letrinas. Estos serán de medio metro cúbico, en cantidad proporcionada al número de tropas, convenientemente separados entre sí, y situados dentro del gran cuadro que formará la cadena de puestos mencionada.

del n.º 3 estará constantemente sobre las armas de las seis de la tarde * á las diez de la noche, una mitad sentada y la otra de pie, alternando cada hora. Á las diez el n.º 2 relevará al 3 y éste reposará en el puesto del 2. Á las dos de la mañana el n.º 1 avanzará á reemplazar en la guardia al 2, y éste irá á reposar en el puesto del n.º 1. Este último empezará su guardia á las dos; antes de la aurora subirá á alguna altura desde donde pueda ver á lo lejos, y esperará allí hasta las seis, hora en que será relevado si se va á conservar el campamento durante el día, ó recibirá orden de incorporarse á su compañía, si las tropas van á seguir marcha.

En las veredas poco practicables que no se dirijan hacia el lado en que se supone al enemigo, bastará colocar una guerrilla á 3 ó 400 pasos de la cadena de puestos del campamento, la cual mantendrá un centinela constante que se relevará cada hora.

Antes de dividir las guardias para situar-

*. Las guerrillas de exploradores ocuparán los cerros vecinos más elevados hasta esta hora.

las del modo antes expresado, el jefe del servicio de avanzadas hará las siguientes prescripciones á toda la tropa reunida, y que las repitan algunos de los oficiales, sargentos y cabos, para asegurarse de que ha sido bien comprendido : deberán observar el silencio más completo ; no encender fuego ; tener sangre fría para juzgar bien de cualquier ruido que oigan ; no hacer fuego sobre un hombre sólo, ni sobre los animales que se acerquen, burros, etc., en una palabra, no dar el alerta á todo un campamento por peligros imaginarios. Si algún ladrón ó espía se presentase con ánimo de penetrar en el campo, deberán dejarlo aproximar bien, lo cercarán y lo harán prisionero ; y si resistiese lo matarán á bayonetazos.

Ordinariamente se oyen venir de lejos las tropas numerosas. Desde que el oído pueda distinguir bien que el enemigo se acerca, el jefe del puesto debe mandar un hombre de confianza á advertir á las guardias que están detrás, al jefe del campamento y á todas las tropas que encuentre al paso, á fin de hacerlas tomar las armas sin retardo.

El puesto avanzado que ha oído venir al enemigo, hace fuego sobre él desde que adquiere la certidumbre de su presencia, y se retira en seguida á cierta distancia para escuchar de nuevo, y recomenzar el fuego si el enemigo continúa avanzando. Esta retirada no debe ser directa, sino por un lado de la vía, ocupando con preferencia los lugares cubiertos.

En las llanuras ó terrenos muy descubiertos es preciso guardarse de más lejos, en este caso algunos jinetes deben ser colocados muy adelante de los puestos avanzados de la infantería.

Si se sabe que el enemigo está distante, no es necesario que los jinetes sean destacados desde la caída de la tarde, sino á las diez ó las doce de la noche; y se les podrá relevar como á los puestos avanzados de la infantería, á fin de disminuir la fatiga de hombres y caballos. Estos relevos tienen además la ventaja de que ponen á todo el mundo sobre aviso y multiplican de consiguiente las garantías de seguridad.

Como el enemigo, si es numeroso, está

obligado á seguir durante la noche caminos y senderos porque de otro modo se extraviaría, hay seguridad de descubrirlo si se acerca.

Los puestos avanzados de la noche deben ser á lo más de doble número que los del día. No es necesario que sean fuertes, pues no están destinados á combatir, sino solamente á avisar la presencia del enemigo y á retirarse en seguida.

Tal vez no faltará quien crea que los puestos avanzados corren el peligro de ser cogidos por el enemigo si éste es hábil; mas eso es un error. Se puede cercar y hacer prisionero un puesto que ha sido visto durante el día en un punto saliente, sobre el cual es fácil dirigirse de noche, como una casa, un pequeño grupo de árboles, unos escombros, etc. Se puede aún capturar un puesto avanzado que sea bastante torpe para encender fuego ó hablar en voz alta, lo cual sirve de guía al enemigo; pero ¿cómo descubrir y capturar un puesto que ha sido establecido al caer la tarde detrás de una roca ó un matorral, que no tienen nada distinto de los que hay en los alrededores? Las sor-

presas se calculan según el servicio que se observa durante el día; y el enemigo es reconocido por los puestos avanzados antes de que se crea en la esfera de actividad de las guardias. En lugar de sorprender es sorprendido él mismo por los tiros de nuestros soldados, piensa que se le aguardaba, y se pone sumamente tímido, lo cual aprovechan los del puesto para retirarse sin peligro.

Admitimos sin embargo, que las avanzadas estén un poco expuestas; ¿no es preferible que corran peligro unos cuantos soldados, á que el campo esté sin cesar amenazado? Si se ha de sacrificar algo, debe ser la parte y no el todo; y sin embargo, parecería, según los usos recibidos, que se preocupan más por los puestos avanzados que por la tropa principal. Pero tranquilícese, no hay nada que sacrificar, y por poca inteligencia que se muestre en este servicio, los puestos no correrán ningún peligro y los campamentos estarán en seguridad.

Las reglas arriba indicadas son igualmente aplicables á los campos atrinchera-

dos, á las plazas fuertes, etc., pues en todos los casos es bueno estar prevenidos con bastante anticipación de la proximidad del enemigo.

Mas á pesar del servicio que acabamos de describir, puede suceder que por negligencia, por torpeza ó por cobardía de algunos, el enemigo llegue hasta el campamento sin que nadie lo haya avisado. En semejante caso, ¿cuál será la conducta que se debe observar?

Una tropa asaltada en la noche ó sorprendida y puesta en desorden durante la marcha ó en cualquiera otra situación, está bajo una malísima influencia moral de la cual es preciso sustraerla lo más pronto posible. El mejor medio de conseguirlo y de hacer pasar las ventajas morales á nuestra parte, es tomar la ofensiva con las primeras tropas que se tengan á la mano. Así se restablecerán detrás el orden y la tranquilidad al instante mismo, y el enemigo perderá la confianza que haya adquirido.

Pero para estar seguros de que esto se ejecutará llegado el caso, es preciso haber

prevenido con anticipación á todos los jefes que manden tropas en el campamento, para que en tal ó cual circunstancia que se juzgue como probable, ataquen en el acto el frente, los flancos ó la retaguardia de la tropa que asaltare de noche el campamento, sin esperar órdenes del jefe superior.

Será prudente también que el jefe superior, en lugar de hacer entrar la totalidad de las tropas en los frentes del gran cuadro, guarde cerca de él, en el centro, una reserva escogida, con la cual podrá proveer á las necesidades del momento. Consideramos esta medida muy importante para ponerse al abrigo de toda catástrofe.

Cuando el terreno, la proximidad de la noche ú otra circunstancia cualquiera, no permita formar en cuadro al acampar, se establecerá el servicio de avanzadas tomando por base los mismos principios, á fin de que el campamento goce de la mayor seguridad posible.

Pero si sucediese, lo cual no puede ser sino obra de la casualidad, que un puesto avanzado se viese repentinamente envuelto

113 0110
20191

por el enemigo durante la noche, deberá hacer fuego y gritar: ¡á las armas! á toda voz. Es así que aun sucumbiendo al número, hará un gran servicio al ejército y á su país.

Que se tenga siempre en la memoria la acción que hizo pasar el nombre del caballero de Assas á la posteridad. Sorprendido y envuelto por una patrulla, le apoyan las bayonetas en el pecho y le dicen en voz baja: Si gritas eres muerto. — ¡Á mí, Auvernia! gritó; ¡aquí están los enemigos!

Cayó acribillado de heridas, pero salvó al campamento de la sorpresa.

Él vivirá eternamente en el recuerdo de los verdaderos guerreros.

EL CAMPAMENTO.

Se acampa únicamente para que las tropas reposen y recobren las fuerzas. Las fatigas arruinan y destruyen más ligero un ejército que los combates; por lo tanto, todo lo que abrevie el trabajo que ocasiona la

alimentación de los hombres y los animales, todo lo que facilite su instalación pasajera, todo lo que disminuya el servicio, todo lo que aumente la seguridad de la masa, indica las condiciones esenciales que debe satisfacer un campamento bien escogido.

En primera línea se buscará que el agua esté cerca y que sea buena y abundante. Después del agua vendrán las provisiones; el pasto para los animales, la leña para cocer los alimentos.

Se buscará un terreno seco y en declive, que las lluvias ó alguna creciente no puedan inundarlo y convertirlo en un lodazal.

Si la estación es muy lluviosa será de grande importancia tener bastante combustible.

Se tratará de evitar campamentos á que el enemigo pueda llegar sin obstáculos, y de donde no se pueda desembocar rápidamente.

Se buscarán los lugares que dominan el vecindario, y que á la vez que no se puedan inspeccionar de fuera, permitan vigilar fácilmente los alrededores. Es mejor caminar un poco más y encontrar todas las ventajas

deseables, que detenerse muy temprano en un lugar incómodo en que todo esté lejos.

El *campamento* debe reconocerse y estudiarse con la mayor anticipación posible. Cada cuerpo al presentarse debe recibir inmediatamente la indicación de su puesto y del servicio que debe hacer, á fin de que no pierda tiempo esperando, y de que nadie empiece una instalación inútil.

Desde que se indica á una tropa su puesto debe instalarse en él. La infantería, si no se está en presencia del enemigo, podrá formar pabellones. Si éste está á la vista ó en las inmediaciones, reposará con el fusil al lado, una vez que haya tomado sus alimentos y preparado sus abrigo. La caballería después de dar de beber á las bestias y de bañarlas, si hay agua suficiente, las atará donde haya pasto, de manera que cada jinete pueda alcanzar la suya sin confusiones, aun cuando sea en la obscuridad. Si el enemigo está próximo, si se espera un combate de un momento á otro, las bestias deberán permanecer ensilladas durante la noche; y siempre que haya pasto de cortar se prefe-

rirá, á fin de que cada jinete repose con su cabalgadura á la mano.

La orden en que se fije la hora de salida al día siguiente, y el puesto que cada cuerpo debe ocupar en la marcha, se dará lo más temprano posible, después de instalado el campamento; y durante la instalación de éste, el oficial encargado del servicio de seguridad irá á situar los puestos avanzados según se dijo en el capítulo referente á ellos.

En fin, por una previsión hábil de todas las cosas y una división racional de las obligaciones de cada uno, dentro y fuera, se procurará alcanzar cuanto antes el momento del reposo y acordarlo al mayor número.

Las tropas deberán formar en cuadro para acampar, como se dijo en el capítulo anterior; pero cuando el cuerpo es considerable, el suelo muy accidentado ó que la obscuridad se acerca, es preferible no perder un tiempo precioso en formaciones largas y difíciles, y vale más en este caso establecerse en columnas paralelas más ó menos profundas.

El orden en que se deba marchar al otro día, la dirección que haya de seguirse, sobre

todo cuando va á levantarse el campo antes de la aurora, son causas que determinarán la colocación de los diferentes cuerpos y las diferentes armas en el campamento; pues mientras menos grandes sean las dificultades para ponerse en camino á la hora prescrita, las tropas podrán reposar más largo tiempo.

OBSERVACIONES.

Es preciso enseñar á las tropas á prepararse rápidamente para ir á tomar posición; enseñar á los soldados á ordenar su equipaje, á ensillar, á pegar los tiros de la artillería y de los carros de municiones, ó á cargar las recuas, si aquellas se transportan por este medio; pero debe hacerse todo *con prontitud, á la vez que cuidadosamente y sin trepidación.*

Para conseguir esto los jefes deben determinar el tiempo minimum indispensable para ejecutar esas diferentes operaciones, y no admitir retardos por ningún caso. Es de-

cir, por ejemplo, que si se necesita media hora para cargar el parque con toda regularidad, acordar más de media hora para esta operación, es enseñar á haraganear á los hombres, sin contar que así se les hará perder una parte de su tiempo de reposo, y se disminuirá igualmente el de los animales.

Educando los hombres de este modo se obtendrá una rapidez razonable: pero el que pasa este límite y no acuerda el tiempo que es necesario, obliga á las tropas á entregarse á atropellamientos perjudiciales, que se convertirán en desórdenes lamentables, si las operaciones mencionadas tuviesen que ejecutarse cuando se espera al enemigo.

En este caso y siempre es preciso, por el contrario, comunicar calma á las tropas; y conviene esforzarse en conseguirlo por todos los medios que conducen á ello, y no olvidar que la tranquilidad perfecta y la moderación del tono de la voz al dar las órdenes, son en esto de suma importancia. La espera de un combate produce de por sí agitación, y por consiguiente todos los esfuerzos

deben tender á calmar esa agitación y no á aumentarla.

Y si eso es así, es necesario admitir también que se deben cambiar radicalmente los hábitos arraigados á propósito de los toques de reunión y de las alarmas infundadas. ¿Quién no conoce las incalificables escenas que ocurren en todas las tropas á las primeras notas del toque de reunión, ó á esta simple voz, «el enemigo», emitida por el primer soldado que pasa? Los hombres empiezan á correr, se atropellan, se enredan, abandonan muchas veces sus maletas, y se precipitan sobre sus fusiles en medio de la mayor agitación. ¿Es ese un estado moral digno de gentes que van á marchar á la muerte? Por otra parte, ¿hay acaso la menor razón para atropellarse y agitarse así, con el sistema de avanzadas adoptado, cuando todas las tropas son advertidas oportunamente de la aproximación del enemigo, y tienen sobrado tiempo para prepararse con calma á recibirlo? ¿Por qué semejante precipitación, que ocurre muchas veces aun en tiempo de paz, por el solo toque de reunión?

Es preciso esforzarse en corregir esos defectos, que tan pobre idea dan de las tropas, y para obtenerlo somos de opinión: 1.º, de dar *en todos los casos* el tiempo necesario para efectuar la reunión sin atropellamientos; 2.º, proponerse como *regla absoluta* que cada cual acuda á su puesto sin carreras, y menos aún gritos, y castigar á los contraventores de esta disposición; 3.º, no elogiar nunca á los que se aprestan más ligero, sino á los que lo hacen con más orden.

Los oficiales no deben permitir que el soldado se cargue sino con lo estrictamente necesario: que no lleve efectos inútiles, pues gran número de caballos y centenares de hombres han quedado en el camino por un kilogramo de más sobre la espalda. Si el soldado es de caballería, debe emplear todo género de cuidados para ensillar su bestia, á fin de no lastimarle el lomo, y procurar llevar siempre consigo cuatro casquillos de remuda y clavos suficientes. Si es de infantería debe procurar estar siempre provisto de zapatos ó alpargatas que no lo molesten.

RONDAS.

Los rondas tienen por objeto verificar si se está alerta en las avanzadas, si se ejecuta en ellas la consigna, si cada uno cumple su deber.

El comandante del cuerpo principal hace visitar sus avanzadas por oficiales, quienes vienen á darle cuenta de lo que en ellas pasa. El ronda va solo ó acompañado de uno á cinco hombres, según su grado y la naturaleza del terreno que deba recorrer. Va de un puesto á otro: su misión es sobre todo inspeccionar, y al mismo tiempo observar los alrededores, particularmente del lado del enemigo.

Se debe visitar las avanzadas tres ó cuatro veces, por lo menos, durante el tiempo que estén de facción, ya sea de día ó de noche.

El que hace la ronda debe conocer bien su camino ó tener un guía, á fin de no extraviarse y que se vea forzado á estar largo

tiempo ausente de algunos puestos. Cuando va acompañado se sitúa en el centro de su gente y puede hacerse preceder por uno ó dos hombres.

PATRULLAS.

Una patrulla tiene por misión reconocer un objeto ó una cierta extensión de terreno; ir á saber noticias de algún cuerpo que esté en las inmediaciones; registrar un pueblecillo, un bosque, etc.

Toda patrulla tiene un jefe, se compone lo menos de tres hombres y ordinariamente no pasa de diez ó quince.

Cuando es fuerte es casi siempre formada de caballería, que tiene por misión ir bastante lejos á obtener noticias del enemigo.

El orden de marcha de las patrullas de infantería más pequeñas es el siguiente: dos hombres marchan adelante y después el jefe con el tercer hombre; si la patrulla es compuesta de mayor número de soldados, el jefe puede llevar consigo cuatro ó seis, y en los

lugares en que sea posible una emboscada, puede destacar dos hombres por cada flanco. Los hombres avanzan con precaución y lentamente, hablan en voz baja, de noche se abstienen de fumar y se paran frecuentemente para escuchar.

El jefe de la patrulla calcula la distancia á que deban marchar sus exploradores: en el día entre diez y sesenta metros, en la noche entre cinco y veinte, según que la noche sea más ó menos clara, pero de manera que pueda verlos á cada instante.

La misión de las patrullas no es combatir y por consiguiente no deben ser fuertes. Al salir se les determinará la dirección que deben seguir, y algunas veces los lugares á que deben llegar y la hora de volver; pero debe tenerse cuidado de no enviarlas á grandes distancias para no exponerlas mucho. Á su regreso siempre comunicarán lo que hayan sabido al jefe que las haya destacado.

DESCUBIERTAS.

Para saber lo que pasa en un espacio de terreno de cierta extensión se emplean las descubiertas, que no son otra cosa que fuertes patrullas sacadas del cuerpo principal, y que pasan las avanzadas y van á lo lejos en busca de noticias del enemigo ó de cuerpos vecinos. Las descubiertas son ordenadas por el jefe superior, cada vez que las cree necesarias, particularmente cuando se permanece algún tiempo en el mismo lugar.

Las descubiertas observan al marchar las mismas precauciones que las patrullas, es decir, hacen explorar sus frentes, sus flancos y vigilan su retaguardia. El grueso del destacamento se mantiene en el centro. No deben combatir sino para abrirse paso en el caso de que se viesen cortadas, ó cuando tengan necesidad de forzar alguna avanzada del enemigo para descubrir bien la posición de éste ó coger algún prisionero que informe sobre su número, etc., etc.

Mientras está fuera un destacamento enviado á la descubierta, las avanzadas redoblan la vigilancia, á fin de socorrerlo si se viere perseguido, y de evitar toda equivocación á su vuelta, confundiéndole, por ejemplo, con el enemigo.

EXPLORADORES.

Para dar en Venezuela todas las garantías deseables de seguridad á un ejército en marcha, bastará enviar la cabeza de la vanguardia por la ruta que haya de seguirse, diez minutos antes de la hora fijada para la salida del resto de las tropas, enviando al mismo tiempo algunos destacamentos de exploradores por los caminos laterales más próximos.

Cuando se atraviesen regiones muy accidentadas y no existan caminos por donde pueda transitar la caballería, la infantería hará sola este servicio; però cuando se marche en terrenos despejados, tocará á la caballería exclusivamente.

Los exploradores deben registrar los lugares cubiertos que encuentren en su camino, como cañadas, bosques, caseríos, y en general todo lugar en que pueda ocultarse un cuerpo de tropas; y si descubren al enemigo, los jefes de destacamentos mandarán inmediatamente un sargento ó un cabo de confianza á avisar al jefe de la vanguardia, quien á su vez avisará al del ejército y dictará las disposiciones más urgentes mientras aquél provee.

El número de los destacamentos de exploradores y la distancia á que deban marchar de la columna principal, depende de la proximidad del enemigo. Si éste está á algunas jornadas, bastará enviar un destacamento por cada flanco á 3 ó 500 pasos de la vanguardia. Si está próximo, un primer destacamento marchará por cada flanco á 250 ó 300 pasos de la cabeza de la vanguardia, y un segundo á la misma altura á 4 ó 500 pasos del primero. En este último caso, se podrán destacar también algunas guerrillas hacia la extrema retaguardia, en una disposición semejante á las de la vanguardia.

Los flanqueadores serán relevados cuando el ejército haga alto á la mitad de la jornada; y cuando terrenos muy quebrados ó montañosos no permitan á éstos ver la tropa principal, el jefe de la vanguardia les hará avisar cuando haya de hacerse alto para que se detengan también. Á este efecto se podrá convenir en algunas señales que, hechas desde alguna altura por un agente del jefe de vanguardia, sean vistas por los destacamentos y les indique que deben detenerse.

Cuando las tropas se detengan para acampar, deberá hacerse una señal especial, para que los destacamentos se incorporen á sus compañías una vez que esté distribuido el servicio nocturno.

ORDEN DE MARCHA.

Las diferentes armas siguen un orden de marcha determinado por el terreno : donde el camino atraviesa una región montañosa y accidentada la infantería formará la cabeza, haciéndola preceder solamente de un

pequeño piquete de caballería. Si al contrario, la región es descubierta y poco accidentada, ó se marcha por llanuras, toda la caballería irá adelante. La artillería marchará con los cuerpos á que pertenezca, ya sean de caballería ó de infantería, teniendo cuidado de situarla donde esté menos expuesta y á la vez pueda ser útil en un caso dado.

EJECUCIÓN DE LA MARCHA.

Un ejército debe estar constantemente dispuesto á tomar con prontitud y calma su orden de combate. Esto no es posible durante las marchas sino observando escrupulosamente las prescripciones siguientes: todo el mundo marchará en su puesto; no se tolerará que nadie se separe de las filas sin un motivo justificado, como por ejemplo en caso de enfermedad, ó para satisfacer alguna necesidad natural: en este último caso si el que se detiene es soldado, un sargento ó un cabo se detendrán á esperarlo.

Las paradas innecesarias no solamente destruyen el orden, sino que son dañosas al soldado, pues mientras éste se detiene,

su compañía avanza 150 ó 200 pasos, algunas veces más; después cree preciso correr para alcanzarla, y nada fatiga tanto á un hombre como la desigualdad del paso durante la marcha. Para hacer desaparecer esa mala costumbre las tropas harán un alto de diez minutos cada hora de marcha, á contar del momento en que se detenga la retaguardia de la división de que se trate; y haciendo el primer alto hora y media después de la salida del campamento. Con este sistema se tendrá derecho á exigir, no sólo bajo el punto de vista del servicio, sino aun bajo el de la humanidad, que nadie se separe de su puesto, pues si realmente es difícil resistir dos ó tres horas de movimiento continuo, todo el mundo puede soportar una hora sin inconveniente.

En los pasos estrechos en que es inevitable alargar la formación de la marcha, las cabezas de columna harán alto cinco minutos para que cada cual ocupe de nuevo su puesto sin necesidad de correr.

El procedimiento que acabamos de indicar para la ejecución de las marchas, las

retardará, primero, en los altos de diez minutos cada hora, y después en las paradas de las cabezas de columnas una vez que hayan atravesado los lugares difíciles (puentes angostos, canjilones, pantanos, etc.), para esperar al resto de las tropas. Veámos en cuanto puede eso retardar una marcha, suponiendo que ésta sea de 30 kilómetros y que se presenten en el camino cuatro pasos difíciles. Admitamos que la jornada se dividirá en dos partes por un grande alto á 18 kilómetros del lugar de partida. Son necesarias cuatro horas y media para recorrer esos 18 kilómetros : agreguemos dos paradas de diez minutos y dos de cinco, al atravesar los dos pasos difíciles que suponemos corresponden á la mitad de la jornada : tenemos un retardo de media hora. Durante la segunda mitad de la jornada (12 kilómetros), los mismos altos formaran otra media hora. Total para una marcha de 30 kilómetros : una hora de retardo.

Un día de reposo bastará después de seis ú ocho de marcha, tanto á la caballería como á la infantería.

El sacrificio en nuestro concepto no vale la pena, si se obtiene á ese precio el orden durante la marcha y se economiza fatiga á los soldados.

De otro modo á la primera jornada tendremos un gran número de rezagados y al cabo de algunos días las enfermedades diezmarán las filas.

Al hacer alto no se debe permanecer sobre las armas : los soldados pueden sentarse siempre que no se separen de sus puestos, y si la parada es larga y se sabe que el enemigo está lejos, podrán formar pabellones y poner en tierra los sacos.

Una de las cosas que evitan fatiga á las tropas es dispensarlas durante los altos de rendir honores al pasaje de un jefe. Creemos que éstos, aun los más altamente colocados, deben prohibir que se les hagan honores durante las marchas.

GUÍAS.

Es sobre todo cerca del enemigo que es indispensable tener guías. Se les escoge lo

mejor que se puede y por fuerza cuando no quieren venir de buen grado.

Un guía llevado á pesar suyo debe siempre tratarse con ciertos cuidados, por que el deseo de vengarse de los malos tratamientos puede ser en él más grande que el temor á la muerte, que se le hará entrever si traiciona.

Todo guía precede algunos pasos la cabeza de la columna : debe contar siempre con una buena recompensa si es útil, aun en el caso de que os sirva contra su voluntad. No se le hacen ver los castigos en perspectiva sino cuando se tienen razones para desconfiar de él. Debe marchar sin ser atado en el caso de que no se deba dudar de sus buenas intenciones, de lo contrario se le ata con una cuerda que pasa al rededor de su cintura y la sostiene un hombre escogido ; otro hombre igualmente escogido lo observa con las armas preparadas. Al atarlo se le hace comprender que esta medida de rigor no es empleada sino con sentimiento ; que es una necesidad para no verse en el caso de matarlo si estando libre, tratara de huir.

Un guía adicto debe ser mañosamente vigilado si se presenta algún peligro, pues el miedo podría tentarlo á escaparse. Se le rodea entonces de dos ó tres hombres seguros é inteligentes que, sin hacérselo comprender, lo mantienen forzosamente entre ellos.

Aun teniendo guías, el que manda debe ilustrarse por todos los medios imaginables sobre las posiciones y las circunstancias del trayecto, á fin de conocerlo bien y estar en capacidad de tomar inmediatamente un partido si surgiere alguna dificultad. Debe conocer las distancias exactas entre los lugares interesantes que se encuentren en su camino y en los inmediatos, los obstáculos, las encrucijadas en que se reúnen distintas vías, etc. Y los mismos datos se comunican á los jefes de fracciones destacadas, y de las diversas columnas paralelas, si se marcha en varias columnas.

CUERPOS DESTACADOS.

No destaquéis ninguna parte de vuestras fuerzas sino por motivos de absoluta necesidad, como ir á buscar víveres, ganados, municiones, llevar convoyes de heridos ó de prisioneros que os embarazen, ir á sorprender un pasaje sobre un punto en donde no os esperen, tentar un falso ataque á fin de engañar al enemigo sobre vuestras verdaderas intenciones. Los destacamentos que tienen por objeto falsos ataques ó simples demostraciones rara vez son verdaderamente útiles, y antes de enviarlos deben los jefes calcular bien el pro y el contra y asegurarse de que tienen más que esperar que temer con respecto á ellos. En muchos casos será mejor mover todo el ejército, á exponerse á perder destacándola una parte de las tropas ó á ser privados de su concurso si se llega á ser atacado ú obligado á alejarse durante su ausencia.

Cualquiera que sea la confianza que ten-

gáis en el jefe de un destacamento, explicadle el modo de cumplir su misión de una manera precisa, indicándole el objeto que debe proponerse y el tiempo que debe emplear; pues sin esta precaución, una vez que esté lejos de vuestra esfera, se dejará guiar más bien por el interés de su propia tropa, que por el del cuerpo principal de que depende.

No dejéis jamás un destacamento entregado á si mismo mucho tiempo, si no queréis ver relajarse su disciplina y decaer su estado moral y material.

Á la vuelta de una misión particular exigid del jefe que la haya desempeñado un informe minucioso de todo lo que le haya acontecido en su ausencia, y pasad una inspección rigurosa, á sus hombres y á sus caballos. La certidumbre de ser visto de cerca á su regreso lo forzará á observar una gran vigilancia en todas las partes del servicio.

ESPÍAS.

El espionaje es una de las partes más importantes del arte de la guerra: el general que sepa emplearlo hábilmente sacará de él ventajas considerables: economizará fatigas y combates á sus tropas, y obtendrá á menudo sin pérdidas ni peligros, resultados que sin informes precisos se habria visto obligado á procurarse por medio de marchas y contramarchas sin fin y de mucha sangre derramada.

Saber encontrar, adiestrar, emplear los espías, es más bien un don de la naturaleza que el producto del estudio y de la reflexión. En todo cuerpo que obre por su cuenta será útil tener un servicio relativo al espionaje; y los hombres, destinados á él deberán ser escogidos entre los que son de espíritu disimulado, astutos, sutiles, que sepan leer en una fisonomía y ocultar lo que tengan en el alma. Un oficial utilizará tanto mejor el es-

pionaje, cuanto él mismo reúna todas las condiciones para hacer un buen espía.

Los espías, á cualquiera categoria que ellos pertenezcan, deberán ser generosamente recompensados, pues se exponen mucho.

Los avisos é informes serán más preciosos mientras sean dados por personas más inteligentes y más ilustradas, y por lo tanto no debe omitirse nada para encontrar espías que puedan descubrirlo todo y saberlo todo.

Con dinero se puede penetrar hasta en los consejos de los generales y personajes más elevados: Luxemburgo pagaba el secretario del rey de Inglaterra y supo siempre con mucha anticipación los proyectos de este monarca. En todos los países, en todos los ejércitos hay hombres que ocupan altas posiciones, que se pueden corromper*.

Cuando hayáis encontrado alguno que quiera servir mercenariamente, no debéis

*. Corromper es ciertamente una triste cosa; pero la guerra lleva en sí misma una serie de males á lo moral y á lo físico, y no es peor tratar, por medio de la corrupción, de saber lo que

confiaros á él sino después de haberlo probado, y aun así, no es bueno fiarse enteramente sino cuando se tienen garantías que respondan de su fidelidad, por ejemplo, si deja en vuestro poder su mujer, sus hijos ó una parte notable de su haber.

Fuera de los agentes secretos que uno mantendrá en el campo mismo de su adversario para descubrir sus designios ulteriores, deberá tratarse de conocer sus posiciones, su fuerza, sus recursos materiales, su situación moral, en fin, todo lo que el ojo puede ver y la oreja escuchar, y esto, más bien por medio de oficiales inteligentes que se aproximarán á sus avanzadas, subirán sobre los árboles, tomarán disfraces, etc., que por las narraciones de comerciantes, desertores, viajeros, campesinos, los cuales deben inspirar poca confianza, principalmente á causa de su ineptitud para darse cuenta

piensa y hace el enemigo, que atraerlo con ardidés á una emboscada para degollarlo. Todos estos medios son además admitidos por el derecho de gentes.

exacta de los detalles militares que hayan podido percibir.

DESERTORES, PRISIONEROS, ETC.

Á un desertor se le pregunta su nombre, el lugar en que vive, el motivo de su deserción, el nombre de su coronel, de su general inmediato, el del general en jefe; la fuerza de su cuerpo particular, la de todo el conjunto; si las distribuciones son regulares; si pagan con puntualidad á las tropas; cuántas cápsulas tiene cada hombre; cuántos cañones hay; si hay enfermos y heridos en el campo enemigo; si el soldado está contento y tiene confianza en sus jefes. Debe tenerse presente que hay desertores fingidos, que tienen el encargo de observar y de aprovechar la primera ocasión de escapar para ir á dar cuenta al enemigo de lo que han visto y oído.

Á un prisionero se le dirigen las mismas preguntas que á un desertor.

Si un viajero, vendedor de quincallas ó cualquiera otro individuo sospechoso se pré-

senta ó es arrestado, se le registra, se le examina, se observan sus maneras; si su ropa interior está en relación con los vestidos exteriores; la forma y el grado de delicadeza de sus manos; se le pregunta de donde viene, si ha visto tropas en alguna parte, en qué número, etc., en una palabra, se procede con él de manera de descubrir si es un espia enemigo, ó de obtener informes útiles si es un simple particular.

PARLAMENTARIOS.

Los parlamentarios son enviados, sea para una misión real, sea para una misión ficticia, cuyo objeto secreto es, ó tratar de saber lo que pasa en el campo enemigo ó retardar los progresos de éste, si se cree que se debe ganar tiempo porque se esperen refuerzos, etc.

Es preciso no admitir sino con mucho cuidado los parlamentarios enemigos y rechazarlos siempre en medio de un combate en que se tiene la ventaja. Se mandan parlamentarios cuando el enemigo está acampado,

en marcha ó durante el combate, con una carta para entregar ó una comunicaci3n verbal que hacer á un jefe.

El parlamentario es siempre precedido, á 25 pasos, por un corneta. Si se acerca á un cuerpo detenido ó en marcha, se pone al paso desde que llega á tiro de fusil de los exploradores y ostensiblemente envaina su sable. Al mismo tiempo levanta y agita en el aire una banderita blanca ó un pañuelo. Si no le hacen señas de retirarse, si no tiran sobre él, continúa avanzando al paso hasta que lo manden detener; pero observa atentamente si alguien se desliza sobre sus flancos con intenci3n de cortarlo. Si nota que tratan de atraerlo á una trampa, se retira al galope con su corneta, tan pronto como se convenza de que se tienen malas intenciones para con él. Cuando consienten en recibirlo, se detiene una vez que se le haya ordenado, y espera que vengan á buscarlo: se somete entonces á lo que exijan de él y cumple su misi3n. Si tiene alg3n pliego ó un objeto cualquiera que entregar, pide siempre un recibo.

Si es durante el combate que un parlamentario debe ir hacia el enemigo, la tropa de cuyas filas sale cesa el fuego, el parlamentario marcha al paso en la dirección del jefe de la tropa contraria, y á distancia conveniente envaina su sable y levanta su pañuelo ó su bandera. Si no le hacen señales de retirarse, si cesa el fuego delante de él, continúa aproximándose y ejecuta las órdenes que haya recibido.

Es preciso tener un motivo muy serio para enviar un parlamentario bajo el fuego, pues si el enemigo hace progresos creerá que es un ardid para retardarlo; hará tirar sobre la persona encargada de esta peligrosa misión, y marchará más vigorosamente que antes, mientras que de nuestra parte perderíamos tiempo.

Para recibir un parlamentario se le hacen señas para que se detenga desde que llegue á distancia conveniente y se envia cerca de él un sargento ó cabo y dos ó tres soldados que se informen de los motivos de su venida. Si no tiene sino un pliego para entregar, se le toma, se le da un recibo y se le

despide; si quiere ser conducido cerca del jefe principal ó cualquiera otro, se le vendan los ojos y se le lleva al lugar en que se encuentre el jefe en cuestión; luego se le vuelve á conducir fuera de las avanzadas con las mismas precauciones.

CONVOYES.

Dividid vuestro convoy en varios grupos, reuniendo en cada uno los objetos de la misma clase; colocad el que tenéis más interés en conservar donde haya menos peligros que temer y más facilidad para escapar del enemigo si éste se presentare. Haced sostener la cabeza de cada grupo, y *si es compatible con las recomendaciones precedentes*, colocad á la cabeza del convoy los carros ó bestias de carga que anden más despacio, á fin de que no se alarguen las distancias entre los grupos. La cabeza del convoy se detendrá tan frecuentemente como sea necesario para mantener el orden en la marcha; sin embargo, se procurará siempre que esos altos no se efectúen sino cada hora

y un grande alto á la mitad de la jornada.

Cada grupo tendrá para su defensa una tropa especial de infantería. El grueso de la escolta podrá marchar reunida en un solo cuerpo ó dividirse en dos ó tres partes según el largo del convoy. Los destacamentos que se envíen adelante, sobre los flancos y á retaguardia, dispuestos como ha sido explicado relativamente á la protección de un cuerpo en movimiento, deberán marchar tanto más alejados, cuanto que un convoy tiene necesidad de un tiempo bastante largo para que puedan tomarse bien las medidas de defensa; y serán tanto más fuertes, cuanto que en este caso importa más que en cualquiera otro que el enemigo no pueda aproximarse fácilmente.

Los carros, si el convoy se conduce de este modo, marcharán de dos en dos de frente, según el ancho del camino. Si ataca el enemigo se hacen girar los caballos de manera que sean protegidos lo más posible por los carros contra los tiros del exterior. No se formará en cuadro sino en la última extremidad, porque se necesita mucho tiempo

para tomar esta disposición y ponerse de nuevo en movimiento cuando el peligro ha desaparecido. Además, el terreno ofrece rara vez fuera de la ruta facilidades para formarse de ese modo.

La escolta debe tener cuidado de no alejarse mucho en la persecución del enemigo; desde que lo ha rechazado es necesario aprovechar el menor respiro para avanzar.

Vale más ciertamente sacrificar una parte del convoy que perder el todo; sin embargo, excepto en casos de absoluta necesidad, siempre se tratará de conservarlo íntegro. Es con este objeto que se tendrá gran cuidado de impedir que la columna se alargue al punto de que no se pueda defender suficientemente la cola, el centro, la cabeza, ó dos de estas partes al mismo tiempo. Pues una porción de carros ó de bestias de carga se adelanta ligero á una distancia considerable si no se tiene cuidado, y el oficial al cual incumbe la misión difícil de dirigir un convoy, tiene necesidad de una vigilancia y una paciencia increíbles para impedir las aberturas, los amontonamientos, las para-

das inútiles; para establecer entre los combatientes y los conductores, entre los que van ligero y los que van despacio, esa solidaridad llena de abnegación de la cual depende el éxito. No se confiará la conducción de un convoy importante sino á un oficial del primer mérito y de grande experiencia.

Si se trata de atacar un convoy, se comenzará por hostigarlo de lejos, se inquietará á la escolta, se apuntará á las bestias de tiro y de carga á fin de matar algunas y causar retardo y confusión en la marcha; después, si se presenta alguna buena ocasión, se da una carga impetuosa sostenida siempre por una reserva. Si el oficial que dirige el convoy no se intimida, si se muestra en todas partes, presto á una vigorosa resistencia, es preciso no pensar (á menos que se sea superior en fuerza), en un ataque total, y es mejor limitarse á ataques parciales. Uno se aleja, finje abandonar la partida, y va á emboscarse cerca de un desfiladero, de un mal paso, en que la escolta tenga que dividirse; se deja pasar una fracción del convoy de manera de ser los más fuertes del lado del desfiladero

en que nos encontremos, y entonces se cae brusca y resueltamente sobre esta fracción, así como sobre las tropas que la defienden. En los terrenos llanos no se debe tratar de coger un convoy sino con caballería, porque se necesita mucha ligereza para hostigar, parecer y desaparecer, adelantarse, tender una emboscada, ó volver como un rayo sobre la cola después de haber amenazado la cabeza y viceversa. En los terrenos muy quebrados se podrá atacar ventajosamente con la infantería, aprovechando las rupturas que se producen á cada paso.

Para disponer el ataque de un convoy es necesario tener un grande interés en esta operación, porque uno se verá obligado para el efecto á enviar un destacamento (necesidad generalmente funesta), y se expondrá á perder ese destacamento, cuando su conservación sería á menudo preferible á todo. Se da por sabido que cuando se pueden enviar suficientes tropas para no exponer nada, se hará así; pero aun en el caso de que la fuerza de que se disponga sea débil, una vez que estemos resueltos á tentar la empresa, será

necesario ordenar al oficial encargado de conducirla, alcanzar el éxito cueste lo que cueste. Este será un medio de estimular en él la astucia y la determinación indispensables en casos parecidos.

PRINCIPIOS FÍSICOS Y MORALES
DEL COMBATE DE LA INFANTERÍA *

Señores: El arte de dirigir las tropas ejerce grande influencia en la suerte de los combates; él corona de éxito las buenas disposiciones generales, y repara muy á menudo lo que éstas tienen de vicioso. Entre las tropas de una moral muy elevada, vigorosamente conducidas, penetradas de buenos principios de combate, y las tropas organizadas é instruídas por malos sistemas, hay la misma diferencia que entre hombres y niños.

Esta es una verdad de que estamos profundamente convencidos. Esperamos que

* Hemos dejado este artículo en forma de discurso porque nos parece la más apropiada á su objeto.

vosotros la reconoceréis también, y que propenderéis, haciendo uso de todos los medios á vuestro alcance, á llevar las tropas que se os confíen á un grado de elevación de alma y de instrucción tales, que ninguna otra tropa, por buena que sea, sepa resistiros cinco minutos en un terreno igual para los dos partidos.

La mayor parte de vosotros habréis visto seguramente combates de infantería, que no eran sino un cambio tímido de tiros de fusil, hechos á una gran distancia por tropas dispuestas paralelamente. Cada partido parecía esperar la victoria del acaso, y del miedo que sus balas ocasionaran á los adversarios; gastaban millares de cápsulas, sin conseguir otro resultado que algunos muertos y heridos de una y otra parte, hasta que una circunstancia, á menudo independiente de los cuerpos que combatían, determinó la retirada de una de las líneas. Habiendo agotado así sus fuegos y diezmado sus filas, los combatientes están poco dispuestos á nuevos esfuerzos, y son fácilmente puestos en fuga, si el adversario puede disponer de la más

pequeña reserva. No es así que combate la infantería sólidamente instruida : vamos á tratar de establecer principios que deben daros una inmensa superioridad sobre todas las infanterías que se os puedan oponer.

Estos principios no son disertaciones de gabinete, sino el resultado de la experiencia y de una continua observación. Esperamos que vosotros los adoptaréis, porque ellos se encontrarán en armonia con las observaciones que á vuestra vez habréis hecho en los combates que hayáis presenciado, y contamos que os apresuraréis á penetrar de ellos á vuestros subordinados, porque cuando estas verdades estén en el espíritu de todas las tropas, deberán creerse invencibles ; podrán ser destruidas sin embargo por la reunión de varias armas (caballería, artillería, infantería) procediendo simultáneamente contra ellas ; pero jamás por la infantería que tengan delante, aunque sea mucho más numerosa.

Este artículo sería suceptible de un gran desenvolvimiento que casi haría de él un tratado de táctica ; pero esto no está ni en

nuestras intenciones ni en la extensión de nuestras fuerzas. Pasaremos en silencio todas las disposiciones preparatorias para no ocuparnos sino de lo que toca al ataque propiamente dicho.

El combate tiene una parte moral y otra física : la primera es más esencial que la segunda, pero tratemos ahora esta última.

Tirar de lejos es el tipo de la mala infantería, la buena es avara de su fuego. Porque el fuego constituye su principal fuerza es que ella no debe prodigarle, y debe ejercitarse en disparar con la más grande precisión.

En general no debe hacerse fuego sino para decidir una cuestión y entonces debe ser terrible. Si no ha llegado el momento de combatir manteneos fuera de alcance ú ocultad vuestras tropas. Cuando es llegado el instante, marchad y aborad vuestro enemigo con resolución y sangre fría. Si, contra lo ordinario, el enemigo os espera muy de cerca sin disparar, haced vosotros el primer fuego y que vuestras masas avancen con decisión.

Con esta determinación friamente calculada rara vez gastaréis dos cápsulas por soldado para tomar una posición ó rechazar una tropa que os atacare.

Por regla general para alcanzar buen éxito en un ataque el jefe debe : 1.º, meterse en la cabeza y en el corazón que es preciso llevar el ataque hasta el fin de cualquier modo que sea, sin mirar hacia atrás; 2.º, saber hacer pasar su resolución al alma de sus subordinados; 3.º, indicar el objeto del asalto á toda su tropa, á fin de que ésta sepa bien lo que tiene que hacer, y cumpla su deber, aun en el caso de que el jefe llegue á sucumbir; 4.º, en tanto que sea posible debe reconocer el terreno sobre el cual tendrá lugar el asalto; 5.º, debe apreciar bien el momento para dar el choque y darlo con su tropa reunida como un solo hombre. Es deber de los oficiales velar á que nadie se quede atrás y aun emplear sus armas contra el que lo intentare; 6.º, no debe contar que el enemigo volverá la espalda antes de llegar á las manos, sino atenerse y aun desear que el asalto llegue hasta la bayoneta.

Todo el que conozca un poco la guerra comprenderá que llegando sobre el enemigo en formación unida, con las armas cargadas, éste, que habrá disparado las suyas, no podrá resistir el choque de las columnas. Su moral quedará destruída á la vista de las bayonetas, y por el temor de la descarga de las cabezas de columna, que hecha de tan cerca no puede dejar de ser terrible, y tendrá que volver las espaldas. Entrad entonces en sus filas después de haber disparado vuestros fusiles, y haced prisioneros en vez de matar, pues mientras se mata un hombre á bayonetazos hay tiempo para capturar seis.

Estos combates son poco costosos para los vencedores, quienes sólo pierden algunos hombres al recorrer la primera mitad del espacio que los separa del enemigo. Éste, que ve que su fuego es impotente para detener las columnas, que las ve adelantarse siempre á paso de carga sin hacer caso de los proyectiles, perderá por completo la calma, y aunque logre cargar sus armas segunda vez, no podrá disparar con acierto sobre los asaltadores, y por lo general, lejos

de pensar en esperarlos para cruzar la bayoneta, buscará su salvación en la fuga.

Por poderosos que sean esos medios debemos también emplear otros para poner de nuestra parte todas las probabilidades de buen éxito. Encontraremos un fuerte auxiliar en el buen empleo de los tiradores cuya acción debe preceder á la de las masas tanto en la ofensiva como en la defensiva. En la ofensiva sirven para indicar los accidentes del terreno que el ojo no haya podido descubrir, y para hacer llover en las filas enemigas un gran número de balas, que llevarán á ellas la turbación é impedirán disparar con mucha fijeza sobre las columnas que avanzan sin tirar. Los tiradores, en tanto que sea posible, no deben ser lanzados sobre el punto en que haya de tener efecto el ataque principal. Si el caso exigiere que se encuentren en el frente del ataque, deberán replegarse á derecha é izquierda para no entorpecer la acción de las columnas, y ganar los flancos del enemigo para desmoralizarlo y hacer prisioneros. Los que no puedan practicar este movimiento porque estén

muy distantes de los extremidades de la línea, deberán retirarse por los intervalos de los batallones.

El fuego de los tiradores no debe prodigarse más que el de las otras tropas. La cabeza de columna de cada batallón, ó sea la primera compañía, será formada por soldados escogidos de esta arma, y un instante antes del ataque formarán en guerrillas y se les indicará los puntos á que deben llegar (pliegues del terreno, grupos de árboles, etc.), antes de comenzar el fuego, pues al empezar éste las tropas de ataque deberán ponerse en movimiento *.

Por poco que se deje á los tiradores en-

*. En Europa los tiradores se dispersan completamente : una vez que les está indicado el fin que deben proponerse puede decirse que no obedecen sino á sus propias inspiraciones; pero en Venezuela con nuestras tropas generalmente organizadas hoy para combatir al día siguiente, no podemos aspirar sino á formarlos en guerrillas, con muy buenos oficiales, si no queremos exponernos á perder los soldados que se destinen á ese servicio.

tregados á sí mismos muy cerca de las fuerzas del enemigo, serían rechazados por éste y faltarían al objeto á que se les destina; en este caso sería preciso reforzarlos para rechazar á los tiradores que el enemigo emplease en desalojarlos y esto sería ya un grave inconveniente. Es, pues, de la más alta importancia no comprometer el combate de los tiradores sino en el momento del ataque. Si antes de este instante el enemigo nos incomoda con los suyos, los rechazaremos por cargas bruscas y de corta duración. Es fácil hacer replegar á los tiradores, cuando en lugar de oponerles un fuego paralelo, como se practica á menudo, se les envuelve ó se les dispersa con un pelotón que se hace cargar bruscamente. Y la causa de esto se explica de la manera siguiente :

Los tiradores, aunque estén formados en guerrillas, no pueden tener la fuerza moral que resulta del contacto de los codos en los cuerpos considerables y de la unidad de mando; cada guerrilla no consulta sino sus propias fuerzas; ve llegar sobre ella un grupo numeroso, y como es muy débil para

resistir, repliega; sus vecinas de derecha é izquierda hacen otro tanto, arrastrando á su vez á sus otras vecinas, las cuales huyen por imitación ó porque temen ser envueltas, y van á alinearse más lejos para recomenzar el fuego. Nuestro pelotón no responderá á ese fuego, y se retirará apresuradamente ó se ocultará en algún pliegue del terreno. No hay nada más inútil y perjudicial que esa clase de tiroteos; se emplean los hombres y las municiones sin adelantar el desenlace, y los medios faltan con frecuencia en el momento decisivo. Insistimos sobre esto porque el abuso ó desperdicio de las municiones es uno de los defectos más grandes que se pueden reprochar á la infantería.

Sucede á menudo que después de media hora de combate, antes de haber decidido nada, se oye gritar por todas partes que faltan las cápsulas; las filas se desguarnecen para ir á buscarlas, y de allí resulta casi siempre la pérdida del combate: *sesenta cápsulas por soldado deben bastar para la más grande batalla.*

En 1815 un regimiento francés libró en

los Alpes un combate de ocho horas contra los austriacos, infinitamente superiores en número, y conservó la tercera parte de sus cartuchos; los austriacos dispararon de seguida durante las ocho horas; los franceses no disparaban sino apuntando muy bien, cuando los austriacos, que tenían la ofensiva, estaban cerca de su posición; la descarga era siempre seguida de una carga á la bayoneta que decidía del choque sin más tiroteos; los dos partidos volvian á sus posiciones que estaban á corta distancia; los austriacos continuaban disparando y los franceses se absténian de ello mientras no eran atacados seriamente.

Esta cita tiene también por objeto hacerlos apreciar los verdaderos principios del combate á la defensiva; pero en ésta, como en la ofensiva, hay otro medio muy eficaz para determinar el éxito: consiste en evitar, en tanto que sea posible, el combate paralelo, que iguala en cierto modo las ventajas, y no puede decidirse en nuestro favor sino por la superioridad moral de nuestras tropas y porque nuestro fuego sea mejor dirigido.

Tratemos de envolver en el momento decisivo los flancos del enemigo. En la defensiva de un terreno accidentado es muy fácil: desde que el ataque está bien pronunciado, se dirige una parte de la reserva en columna cerrada hacia los flancos de la posición del enemigo, y se hace que estas tropas desemboquen y carguen á la bayoneta, á fin de no dar tiempo á los contrarios de evitar la confusión de la sorpresa. Antes de desembocar, los jefes de las columnas enviarán tiradores hacia las espaldas del enemigo, quien siendo cargado á la vez de frente y de flanco é incomodado hacia la retaguardia, se librará difícilmente de una completa destrucción.

Los mismos medios pueden emplearse en la ofensiva: una columna podrá abordar la extremidad más débil de la línea enemiga, mientras que el grueso de las tropas ataca de frente. Pero hay aún otro medio igualmente eficaz para abordar los flancos del enemigo sin necesidad de hacer un despliegue de fuerzas mayor que el de éste. Los dos batallones que formen las extremidades

de nuestra línea de columnas, cuando hayan llegado en marcha con ésta á una distancia conveniente, se lanzarán á pasi-trote sobre los flancos del enemigo, y el resto de las fuerzas continuará el ataque de frente. Este movimiento es muy propio para llenar su objeto, y muy practicable si los jefes de batallón saben juzgar bien la distancia para empezarlo oportunamente; pero cuando la noche ó terrenos accidentados permitan llegar y caer sobre los flancos del enemigo sin ser vistos, es evidente que este medio deberá preferirse.

Antes de terminar estas indicaciones, réstanos advertir á los jefes que por sobre todo deben esforzarse en retener su gente en la mano durante todas las situaciones del combate. Esto se consigue más fácilmente ganando la confianza del soldado que con medidas restrictivas. Que en todas las circunstancias difíciles los ojos y el pensamiento del soldado se vuelvan instintivamente hacia vosotros para preguntar lo que debe hacerse. Entonces formaréis con ellos un solo cuerpo y una sola alma; pero para

eso es preciso que los soldados *tengan fe* en vosotros; que os consideren como guías seguros, como sus jefes naturales, y veréis que ellos os amarán y que nada será imposible á vuestros soldados. Conseguiréis esto poniendo de manifiesto vuestra superioridad moral é intelectual. Si en todas las circunstancias vuestros subalternos ven que vosotros *conocéis más que ellos los asuntos de la guerra*; si ven que *estáis prestos á ejecutar los primeros lo que les exigís*, os seguirán sin condiciones y sin reservas á donde quiera que los conduzcáis y se harán matar todos primero que abandonar la empresa que hayáis confiado á su valor. En nombre de la fraternidad militar cuidad á vuestros soldados, estad atentos á sus menores necesidades para tratar de remediarlas; pero no toleréis ninguna falta de disciplina, y castigad con mano firme, con el brazo inflexible de la ley, todas las transgresiones que deshonan la noble profesión militar. Servid de modelo al soldado en todas las cosas, y veréis que ellos se habituarán á la puntualidad en el servicio y

cumplirán tan bien sus deberes en vuestra presencia como lejos de vosotros.

Si vosotros os mostráis bien penetrados de vuestros deberes elevaréis al soldado á la altura de los suyos, y entonces ninguna privación, ningún peligro lo desviarán de su camino.

Algunas palabras sobre las retiradas: en ellas, como en todas las circunstancias de la guerra, es preciso ser muy económicos de las municiones, y el detenerse á hacer fuego cuando se puede evitar, es alejarse del objeto en mira. Aun hay ocasiones en que es preciso correr para alejarse del enemigo, porque con frecuencia es éste el único medio de escapar á la destrucción. ¡Cuántos cuerpos han sido destruídos por haber hecho una retirada lenta y acompasada que llaman falsamente metódica!

El método consiste en hacer todo lo que puede ayudarnos á alcanzar nuestro objeto: en las retiradas éste no es otro que alejarnos rápidamente del enemigo, puesto que las circunstancias no permiten combatir más; y no comprometernos, por un falso punto de

honor, en un combate que no puede sino ser desastroso, y del cual con frecuencia no podríamos desembarazarnos : en este caso la huida es metódica; he aquí un ejemplo de ello, tomado de la vida de uno de los grandes capitanes modernos :

En la retirada de Portugal por el mariscal Massena, el mariscal Ney fué encargado en la retaguardia de detener á los ingleses para dar tiempo al parque y equipajes de franquear un desfiladero. El mariscal cumplió su misión con su energía acostumbrada, pero el ejército inglés se reforzaba siempre y la posición no era ya sostenible : para dejarla era preciso lanzarse en un valle estrecho y subir una colina poco distante ; durante este tiempo había que estar bajo los fuegos del enemigo que no podía dejar de ocupar la posición abandonada. El mariscal juzgó que una retirada lenta lo haría sufrir grandes pérdidas, y ordenó á los abanderados y guías generales conducidos por oficiales de Estado Mayor, ir rápidamente, trazar una línea sobre la cumbre opuesta, y un instante después envió los batallones á la

carrera á encuadrar en esta línea, que se formó de nuevo como por encantamiento; sin esta admirable precaución se habría perdido mucha gente, y probablemente de ello se habría seguido la derrota. Es evidente que esta maniobra no puede emplearse cuando se teme la caballería: en este caso es preciso acelerar mucho la marcha, conservando al mismo tiempo un orden respetable.

Á menudo hemos oído decir á pretendidos tácticos que las retiradas debían hacerse al paso ordinario; pero ese principio nos ha parecido siempre erróneo. Sin duda que hay circunstancias en que es preciso que una parte del ejército contenga al enemigo para dar tiempo al resto de que se aleje; mas entonces, no es que debemos marchar al paso ordinario, entonces es preciso combatir, es preciso dar frente al enemigo y cargarlo á fondo para realzar la moral de los nuestros y abatir la de los adversarios. Pero cuando esta fracción del ejército ha cumplido su misión conteniendo algún tiempo al enemigo, y la aglomeración creciente de las fuerzas de éste la pone en la imposibilidad de sostener

el combate, debe retirarse tan á prisa como le sea posible.

Aun algunas palabras sobre el combate contra caballería, en el cual, como en todos, debemos economizar las municiones, y no hacer sino el fuego que justamente sea necesario para rechazar la carga, y suspenderlo en el acto para ponernos en aptitud de recibir una nueva. La única formación en que debe esperarse á la caballería es en cuadro, y éstos deben ser formados de un solo batallón, pues á más de otras muchas ventajas, ofrece : 1.º, de no comprometer á la vez un gran número de tropas, y 2.º, de ocupar poco espacio y de multiplicar los intervalos, por donde se escurrirá la caballería por un movimiento natural, en vez de chocar contra estos pequeños focos de destrucción.

Para concluir este artículo, recomendamos á los oficiales que se armen en la guerra de un winchester. No deben disparar con la frecuencia del soldado, sino reservar sus cápsulas para cuando algún jefe ú oficial enemigo se sitúe al alcance. Nuestra supe-

rioridad será grande al adoptar esta medida, no sólo por el aumento de tiros certeros, sino porque dará más confianza á los oficiales, quienes armados de un winchester ó una carabina á más de sus espadas, se sentirán más garantidos que con esta sola arma.

Convenimos en que de ello les resultará un ligero embarazo durante las marchas; pero pronto se acostumbrarán á cargar sus winchesters. Además, ¿quién será el que dude de soportar alguna fatiga, si con ello puede contribuir á la victoria y alejar la posibilidad de ser vencido?

DE LA MORAL EN LOS COMBATES.

La fuerza moral es sin duda superior y más necesaria que la fuerza física: se la prepara elevando el alma del soldado, haciéndole adquirir el amor á la gloria, el honor regimentario, y sobre todo, realzando el patriotismo cuyo germen está en todos los corazones. Á los hombres así preparados es fá-

cil hacerlos realizar grandes cosas, cuando se ha sabido ganar su confianza, y para obtener ésta es preciso cumplir acerca de ellos todos nuestros deberes, hacerlos nuestros amigos, conversarles á menudo de la guerra y probarles que somos capaces de conducirles bien. En el combate es preciso dar pruebas de valor y de sangre fría *.

Debemos estar atentos para hacer todo lo que pueda levantar la moral de los nuestros y debilitar la de los adversarios; con este fin es preciso no dejarse atacar jamás, sino tomar siempre la iniciativa del combate en el momento decisivo. Si se está á la defensiva, las tropas deberán situarse detrás de la línea en que se quiera que tenga lugar el combate, á fin de lanzarlas adelante en el momento preciso. En este caso principalmente es que se manifiesta la importancia de la fuerza moral: todas las ventajas físicas

*. El lector habrá notado algunas ideas repetidas en este libro, las cuales hemos querido conservar á fin de que se graben más en la imaginación de los oficiales.

están á favor de las tropas colocadas en un lugar fuerte por el arte ó por la naturaleza, y sin embargo, serán casi siempre desalojadas si se limitan á combatir á pie firme. Puede decirse en lo moral como en lo físico, que *una buena defensiva debe ser ofensiva*.

Los movimientos sobre los flancos ó la retaguardia de los asaltantes, rara vez dejan de hacer su efecto; y aunque no sean ejecutados sino por un puñado de hombres afectan singularmente su moral. Por lo mismo debemos prevenir á los nuestros contra ellos haciéndoles notar con anticipación la posibilidad de parecidos ataques é indicándoles los medios de rechazarlos.

Realzando la moral se obtendrá también que las filas no sean desguarnecidas bajo pretexto de acompañar á los heridos; nosotros los recogeremos después del combate y les prodigaremos los cuidados que se deben á los camaradas; pero *la primera necesidad como el primer deber es vencer*. Los heridos de un ejército victorioso no son abandonados jamás : los de los ejércitos vencidos son abrumados por mil males. Ocu-

parse de ellos durante el combate es, pues, una falsa piedad que de ordinario oculta la cobardía. Los oficiales deben dar ejemplo de abnegación rechazando los cuidados que se les quieran prodigar durante el combate si fueren heridos.

En la batalla de Austerlitz se vió á un gran número de simples soldados enviar de nuevo al combate á los camaradas que querían conducirlos á la ambulancia.

Uno de los grandes medios de mantener la moral del soldado es que los oficiales conserven un aspecto sereno y tranquilo en todas las circunstancias del combate. Si se les ordena detenerse bajo el fuego, los oficiales deben pasearse con arrogancia al frente de su tropa y distraerla con palabras alegres y enérgicas; si es preciso echarse sobre el enemigo, deben recomendarles disparar con precisión, desunirse lo menos posible en la pelea y estar listos para alinearse á la primera señal.

Una tropa conducida de ese modo será siempre valerosa y rara vez vencida, porque difícilmente encontrará enemigos que ten-

gan su elevación de alma y sus principios de combate.

Si la caballería se presenta recuérdese á los soldados que la formación en cuadro los hace invulnerables.

Donde principalmente se pone á prueba la moral del soldado es en las retiradas. Un viejo adagio dice : *haceos carnero y os tranquilarán*. Es preciso hacerse *león* en las retiradas, y cuando se han dado tres ó cuatro dentelladas al enemigo que nos estrecha muy de cerca, se está seguro de ser respetado. Con un poco de conocimiento de la guerra es fácil procurarse éxitos de retaguardia que realzan mucho la moral de un ejército en retirada, y por la misma razón hacen tímido al que persigue. En retirada se tiene siempre la elección del terreno del combate : se emboscan en él las tropas de modo de abarcar fácilmente los flancos de la cabeza de la columna que se ha alargado en la persecución, se señala bien á cada uno la parte que le corresponde, y se previene que el combate debe ser brusco. En este caso las vacilaciones son aun más perjudi-

ciales que de ordinario : es preciso arrebat-
tar, por decirlo así, la cabeza de la columna
enemiga, y retirarse á toda prisa con los
prisioneros para no comprometerse contra
las fuerzas que llegan incesantemente.

Lo anteriormente expuesto nos parece su-
ficiente para que pueda apreciarse la impor-
tancia de la fuerza moral : hemos visto que
ella nace de la confianza que sabemos ins-
pirar á nuestros subordinados y crece con
las acciones en que les hacemos concebir
una alta idea de nuestra inteligencia y
valor.

En tiempo de paz los oficiales deben pro-
pender á que sus soldados formen buena
opinión de sus virtudes guerreras. No de-
ben limitarse á pasar inspecciones y á ha-
cer un frío ejercicio, por más que estas co-
sas sean muy útiles, sino tratar siempre de
levantar la moral, hablándoles sobre las
guerras pasadas, citándoles las acciones
brillantes de nuestros valientes, excitando
en ellos el deseo de imitarlos y haciendo, en
una palabra, todo lo que la inteligencia les
sugiera para inspirarles el amor á la gloria.

CABALLERÍA CONTRA INFANTERÍA.

Á menos que la caballería no sorprenda á la infantería en marcha ó en medio de una evolución, no debe atacarla de frente, sin haberla hecho desordenar primero por un fuego eficaz de fusilería ó de artillería. Sin embargo, una mala infantería debe ser cargada inmediatamente en cualquier orden en que se encuentre, si no está protegida por obstáculos naturales.

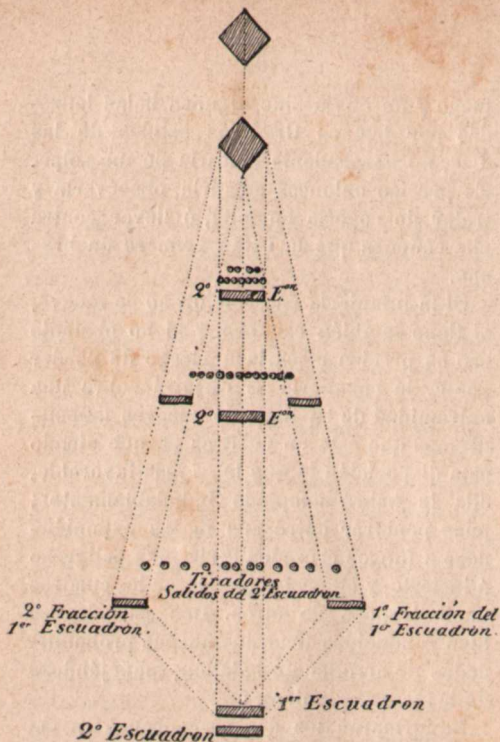
La caballería que ignore el valor moral de una infantería en posición, debe tantearla primero. Á este efecto la costea ó la amenaza de frente á mil ó mil docientos metros y envía *contra ella* algunos jinetes que la tirotean, y galopan y levantan polvo; si la infantería, en lugar de permanecer quieta ante estas demostraciones, se pone á tirar, está perdida. Que la caballería la cargue vigorosamente en columna, sin más tardar.

Si al contrario, la infantería se mantiene tranquila, no se deja intimidar, guarda su

fuego y no envía sino algunas balas lanzadas por buenos tiradores salidos de las filas, no es prudente atacarla de un golpe. Es preciso entonces seguirla, observarla y tratar de cogerla en falta, ó llevar contra ella cañones que la batan primero en brecha.

Si la infantería en posición no se mueve, si tiene también cañones, y si no obstante eso es preciso atacarla á riesgo de perder gente, la caballería se dirigirá sobre una extremidad de su línea de cuadros (supondremos que está en cuadros porque siendo esta disposición la que le es más favorable, ella la habrá adoptado indudablemente); pues penetrar entre sus masas exponiéndose á fuegos cruzados sería muy peligroso é incierto, y es preferible atacar los cuadros unos después de otros. Dos escuadrones bien conducidos tendrán muchas probabilidades de arrollar un batallón, manejándose de la manera siguiente:

Se formarán los dos escuadrones en columnas cerradas perpendicularmente al vértice del ángulo saliente que se quiere atacar,



Disposición para dos escuadrones encargados de atacar la extremidad de una línea de cuadros oblicuos. Aunque la formación en columna cerrada tiene menos frente que fondo, en el dibujo aparece lo contrario porque el espacio de que disponemos es muy reducido.

y fuera del alcance de los fusiles. Se destacará una docena de jinetes que tirarán y galoparán á derecha é izquierda de manera de no adelantarse mucho y de cubrir ó disimular lo que pasa detrás, particularmente sobre el centro. El primer escuadrón se dividirá en dos partes, que irán la una á la derecha y la otra á la izquierda para amenazar los frentes del cuadro dirigiéndose al trote contra ellos.

El segundo escuadrón dejará adelantar á las dos fracciones del primero y partirá á su turno al trote por el centro, que aquellas han dejado descubierto al separarse. Los dos frentes amenazados terminarán sin duda por hacer fuego. Á la primera descarga el escuadrón que se encuentra detrás se pondrá al galope y dará una carga á fondo. Se encontrará sostenido por las dos fracciones del primer escuadrón, que como habrán continuado al trote, habrán sido naturalmente dejadas detrás, y seguirán, sin embargo, atrayendo hacia ellas el fuego de la infantería, el cuál será poco mortífero á causa de su grande oblicuidad. Los tiradores

cerrarán poco á poco los intervalos y al fin quedarán formando la cabeza de la carga.

Llegada sobre el cuadro, la caballeria deberá hacer una brecha á todo trance, y al penetrar ordenará poner en tierra los fusiles y se llevará los prisioneros ; acuchillará sin piedad al que haga resistencia.

En el caso de que el ataque no obtenga buen éxito, es preciso retirarse á toda brida, inclinándose sobre la crin de los caballos para presentar menos blanco, á las balas. No se reiterará del mismo lado una carga que no haya tenido buen éxito, pues los cadáveres de hombres y caballos trastornarian la segunda tentativa.

Si el terreno es pantanoso, si los caballos resbalan y caen, ó si los tiradores señalan obstáculos no percibidos de lejos, contra los cuales se llegaría á tropezar, es preciso renunciar á atacar la infanteria : se perdería toda la gente. Si por el contrario, se presentan ondulaciones, que descubre un ojo ejercitado aún en una llanura en apariencia unida, las cuales pueden cubrir la caballería durante una buena parte del trayecto que

tenga que recorrer, sabiendo aprovecharlas, llegará á menudo sobre la infantería y la arrollará sufriendo pocas pérdidas, por buenas que sean las tropas de á pie. Por ejemplo, el jefe de un batallón se encuentra sobre una colina y ve ante él algunos escuadrones que lo amenazan : se detiene, se forma en cuadro y se cree en perfecta seguridad, porque en su posición domina á su adversario ; pero éste nota á la izquierda del cuadro un pequeño valle ó cañada que lo costea á 200 metros, donde sus jinetes estarán enteramente defendidos de las balas ; se dirige á él aparentando primero retirarse de ese lado, entra en el valle en columnas por pelotones, y llegado á la altura del batallón, manda : *Pelotones á la izquierda, al galope!* ¡ADELANTE! y carga inmediatamente : según todas las probabilidades será descubierto muy tarde para sufrir un fuego muy mortífero y su ataque obtendrá buen éxito.

En general las pendientes poco inclinadas son favorables á la caballería contra la infantería, la cual entonces tira casi siempre muy alto : también es por un error que esta

última arma busca casi siempre las posiciones muy elevadas. Las en declive suave son las mejores.

CABALLERÍA CONTRA ARTILLERÍA.

La caballería no debe jamás atacar directamente á la artillería: es preciso que la haga distraer de frente por jinetes sueltos, mientras ella tratará de batir los sostenes, particularmente atacándolos de flanco. Cojidas las piezas, no tratará de llevárselas, lo que causaría un gran retardo y un embarazo á menudo funesto; que se contente con cortar los tiros y matar los caballos si no puede llevarlos fácilmente, y si teme que el enemigo los vuelva á tomar; pero sobre todo que destruya las municiones. Lo que importa principalmente es asegurar la victoria: con ella quedaremos dueños de todo el material dejado sobre el campo de batalla; sin ella el material será más bien embarazoso que útil.

EMPLEO DE LA ARTILLERÍA.

No diseminéis la artillería por aquí y por allá á razón de dos ó tres piezas juntas, porque produciría poco efecto, embarazaría mucho los movimientos de las tropas á que pertenezca, y atraería muchas veces sobre ella los tiros del enemigo. Empleadla en baterías bastante fuertes: cuando esté lejos podrá privarse de sostenes demasiado inmediatos que sufrirían pasivamente los tiros que se les dirigieran, y de cerca, tirando con metralla, causará pronto tales estragos, que se protegerá ella misma, si obra oportunamente. Que evite sobre todo embarazar el terreno en que se mueven las otras armas, pues ella es accesoria, y por consecuencia vale más privarse de su concurso que sufrir efectos peligrosos de retardo y de confusión sobre el campo de batalla, donde el buen orden y los minutos son todo.

Cualquiera que sea la apariencia en favor de la artillería, tantas causas estorban á sus

efectos y á su movilidad, que prudentemente será preciso no acordarle sino un papel secundario, y tomar disposiciones de tal suerte, que podamos pasarnos sin ella si no llega á tiempo ó si su fuego permanece impotente.

EL TIRO.

Un soldado debe mantener siempre sus armas en buen estado, si se ocupa de su propia conservación. Una punta roma, un filo mellado, un fusil descompuesto, valen menos que un bastón.

Un tiro de revólver á más de 25 pasos es casi siempre perdido; sin embargo, no es bueno apoyar la boca del cañón contra el objeto que se apunta, aunque pueda hacerse, porque el arma puede reventar.

Es mejor disparar un tiro de fusil cada cinco minutos apuntando bien, que disparar diez tiros en un minuto sin apuntar. Debe apuntarse siempre á los pies de la infantería, desde que ésta se sitúe al alcance de los fusiles. Á la caballería es bueno apuntarle á la altura del pecho de los caballos, á

fin de que, por mucho que suba la bala alcance siempre al jinete. Para ajustar la puntería se debe levantar la boca del fusil de abajo á arriba, porque el tiro tiende siempre á remontar, y si por alguna circunstancia se va antes de tiempo, puede siempre tropezar al contrario. Es preciso apoyar el dedo despacio sobre el gatillo al ajustar la puntería, porque toda presión brusca produce un choque que desvia el tiro.

Las armas modernas, aunque de mucho alcance, son poco temibles en los combates de cerca, sobre todo si son manejadas por tropas poco instruídas, pues éstas generalmente apuntan alto, y los proyectiles remontan y se van por encima sin dañar á las tropas.

ASISTENTES Y BAGAJES.

La reglamentación de los asistentes y bagajes de los oficiales es de alta importancia en un ejército, pues de otro modo las impedimentas crecen hasta el punto de embarazar seriamente las operaciones; cada oficial quiere tener varios hombres para su servi-

cio personal, dos ó tres bestias de silla, otras tantas para sus equipajes, y en resumidas cuentas se pierde la movilidad que es indispensable para obtener buen éxito en la guerra.

Las grandes distancias que recorren en sus campañas los ejércitos europeos, á veces á millares de leguas de sus respectivos países, la rigurosidad de los climas, y la corrección que se exige á los oficiales en sus vestidos, hacen necesaria una gran cantidad de bagajes que estorban mucho sus movimientos. Mas en las repúblicas suramericanas la benignidad de los climas, nuestras guerras relativamente de corta duración y la sencillez de nuestras costumbres, que permite á los oficiales vestir de cualquier modo durante la guerra, son otras tantas causas en nuestro favor para disminuir las impedimentas, sin que ello redunde contra la salud de la oficialidad ni impida que vista con decencia.

Creemos, por lo tanto, que exceptuando los jefes superiores y divisionarios á quienes el movimiento casi constante en que

tienen que estar y la dignidad misma de sus empleos exigen un servicio personal y una cantidad de bestias de cierta consideración, todos los otros, desde el general de brigada hasta el subteniente, deben someterse á una estricta reglamentación.

Nos parece que para evitar en campaña los inconvenientes mencionados, este asunto puede resolverse de la manera siguiente: al general de brigada podrán permitirsele hasta tres asistentes, tres bestias de silla y una para su equipaje; al coronel jefe de batallón, tres asistentes, dos bestias de silla y una de carga; á los comandantes instructores, un asistente, una bestia de silla y una de carga; los capitanes, tenientes y subtenientes de infantería marcharán siempre á pie, y podrán tener: el capitán y el teniente de cada compañía un asistente cada uno y una bestia de carga para uso común; los dos subtenientes de cada compañía, un asistente y una bestia de carga para el servicio de ambos. Los jefes y oficiales de caballería se proveerán en las mismas proporciones.

La impedimenta de cada cuerpo marchará inmediatamente detrás de él cuando se va hacia el enemigo y en las retiradas irá delante.

Por ningún caso se permitirá á los oficiales tomar asistentes de las compañías; los hombres para este servicio serán supernumerarios, y de consiguiente, aunque recibirán sus raciones en aquéllas, no pertenecen á la formación de combate. Entre nosotros los oficiales subalternos se toman muchas veces la libertad de servirse de los soldados como asistentes, y esa mala costumbre debe extirparse, si no queremos ver notablemente disminuído el efectivo de los combatientes en el momento del peligro.

MARCHAS Y COMBATES DE NOCHE.

Las marchas de noche permiten en la ofensiva acercarse al enemigo secretamente y en la retirada alejarse de él sin ser vistos. Las acciones de noche impresionan al adversario por la sorpresa que le causan, lo pri-

van de la posibilidad de juzgar las fuerzas que lo atacan, y reducen á nada el efecto de su fuego. Es por eso que de noche se pueden hacer grandes cosas con poca gente, y mientras más se perfeccionen las armas de fuego, el hábito de marchar y atacar de noche adquirirá más importancia.

Pero las marchas nocturnas están sujetas á muchas eventualidades : es fácil extraviarse, confundir sus tropas con las del enemigo; el menor obstáculo se convierte en una barrera infranqueable, pues la imaginación se exalta fuertemente. Por eso es absolutamente indispensable ejercitarse en las marchas de noche, á fin de que cada uno aprenda por experiencia propia cuáles son las dificultades que puede encontrar y se asimile el hábito de vencerlas sin perder la cabeza. Á este respecto las prescripciones más detalladas no servirán de gran cosa sin la práctica.

He aquí lo que conviene convertir en rutina para las marchas de noche : 1.º, dejar en todas las encrucijadas guerrillas para indicar el camino tomado por la cabeza de co-

lumna á las tropas que siguen detrás. Cada guerrilla permanecerá en el puesto en que se la haya colocado hasta que pase la retaguardia, con la cual se incorporará. Todos los jefes de unidades (divisiones, brigadas, batallones), deben conocer muy exactamente el orden en que cada unidad se encuentra con respecto á las otras; si el movimiento se hace con varias columnas paralelas á la misma altura, los que las mandan deben saber cual es la distancia aproximada entre ellas, qué jefe marcha á la derecha, cuál á la izquierda.

Es preciso inculcar bien y repetir siempre á los soldados que es absolutamente prohibido disparar durante la noche, no sólo en la marcha, sino aún en una acción; suceda lo que suceda, es preciso caminar en silencio, y si se tropieza al enemigo debe cargarse á la bayoneta.

La observación rigurosa del silencio y la prohibición de fumar deben igualmente transformarse en rutina para las marchas nocturnas.

Es preciso mantener el orden más estricto en cada compañía individualmente.

Es necesario conservar entre los batallones una distancia de 20 á 30 pasos, á fin de que las paradas repentinas de la cabeza, no se hagan sentir muy bruscamente en la profundidad de la columna.

El servicio de seguridad durante las marchas nocturnas se hace de cerca y solamente sobre los caminos.

Cuando se piense efectuar un ataque de noche debe ponerse una señal bien visible á cada individuo de los que van á concurrir á él para evitar confusiones peligrosas. Se puede, por ejemplo, atar un pedazo de tela blanca al rededor del cuello de cada hombre, pocos momentos antes del combate, para lo cual cada soldado la llevará en el bolsillo.

En los combates nocturnos no deben emplearse tiradores, y sólo las cabezas de columna, *si sus jefes lo ordenan*, podrán disparar al abordar al enemigo.

Cuando los jefes de las distintas columnas no conocen bien el terreno en que han de obrar, deberán proveerse de guías con anticipación.

Al marchar hacia adelante la artillería y la caballería irán á la cola; cuando se va en retirada deberán avanzar á la cabeza de la columna.

Al emprender una marcha para atacar conviene, en tanto que sea posible, combinarla de manera que el pasaje al orden de combate sea terminado poco antes de la aurora. Pero cuando se tiene muy poca gente es mejor caer sobre el enemigo en la obscuridad.

AFORISMOS.

Marcha adelante aun cuando hayan caído los que te precedían:

Perece tú mismo por socorrer á un camarada.

Si no temes morir debes estar seguro de que vencerás á tu contrario por difícil que sea la empresa que se te haya confiado.

Una buena tropa no tiene ni espalda ni flancos: su frente es siempre el lado por donde viene el enemigo.

Cuando encuentres obstáculos inespera-

dos en tu camino no pienses sino en superarlos, por ningún caso en retroceder.

No te imagines que la victoria se gana de un golpe; el enemigo tiene también su firmeza; algunas veces no se triunfa ni aun al segundo ó tercer choque: entonces es preciso volver á la carga cuatro veces y aun más, mientras tu jefe no te ordena suspender el ataque. En la batalla el más tenaz, el más atrevido, es el que vence á su contrario, aunque éste sea más numeroso y más hábil: el que persevera hasta el fin triunfa siempre.

Las disposiciones más ó menos hábiles nos permiten alcanzar nuestro objeto con más ó menos pérdidas, pero ellas no hacen sino facilitar solamente: uno no llega á su fin sino cuando está decidido á perecer antes que abandonar la empresa.

Si tienes penas y dificultades está seguro de que el enemigo también las tiene, y tal vez mayores que las tuyas; solamente que tú ves tus trabajos y no los del contrario; pero debes estar cierto de que él también sufre.

Por inesperada que sea la aparición del enemigo es preciso recordar siempre que uno puede rechazarlo con la bayoneta ó á tiros. Si el enemigo está cerca, siempre con la bayoneta; si está bastante lejos, fuego primero, y á la bayoneta en seguida.

OBSERVACIONES FINALES.

Ningún oficio se aprende sino con la práctica.

El libro puede fijar principios fundamentales y aun dar la descripción de casos en que hayan sido aplicados racionalmente por hombres de acción distinguidos; pero no puede enseñar á nadie la aplicación. Al principio de este libro se ha dicho que « en el reglamento están escritos los usos, pero que no se encuentran en él los azares », y en la práctica es precisamente con esos « azares » que se tiene que hacer.

Comprender bien el caso que se nos presenta delante, aprovechar las circunstancias favorables, paralizar ó al menos atenuar la influencia de las circunstancias contrarias

á nuestros proyectos, todo eso no puede realizarse sino con una condición : que el ojo esté habituado á descubrir esas circunstancias, la inteligencia á apreciarlas en su justo valor y la voluntad ejercitada en tomar decisiones rápidas. No hay necesidad de explicaciones para darse cuenta de que ningún libro sabrá dar semejantes hábitos al ojo, á la inteligencia y menos aún á la voluntad.

Para cerrar esta colección de consejos é instrucciones sobre el arte de la guerra, que hemos recogido aquí y allá en diversas obras, y reunido en este pequeño volumen, como dijimos en el prólogo, queremos reproducir las notables palabras siguientes, escritas por Jenofonte hacen 2.300 años, las cuales corroboran lo expresado en el cuerpo del libro sobre el modo de inspirar confianza á las tropas :

« Es preciso que la obediencia sea voluntaria. Y los hombres obedecen voluntariamente al que creen más ilustrado que ellos sobre sus propios intereses. Entre mil ejemplos, se ve con qué apresuramiento los enfermos llaman al médico para que les or-

dene lo que deben hacer ; se ve en un buque á toda la tripulación obedecer al piloto ; en un camino los viajeros siguen á sus guías. Y también será así para los soldados cuando uno les parezca más inteligente que ellos mismos. Es preciso, pues, que el oficial sea más instruído que el soldado. Es preciso que se note el valor del jefe para soportar el calor del sol durante el verano ; que en el invierno sea él quien soporte mejor el frío ; cuando se trate de trabajar que se muestre el más laborioso, pues todo eso gana el corazón del soldado. »

Aun otra observación muy exacta del general suizo Jomini :

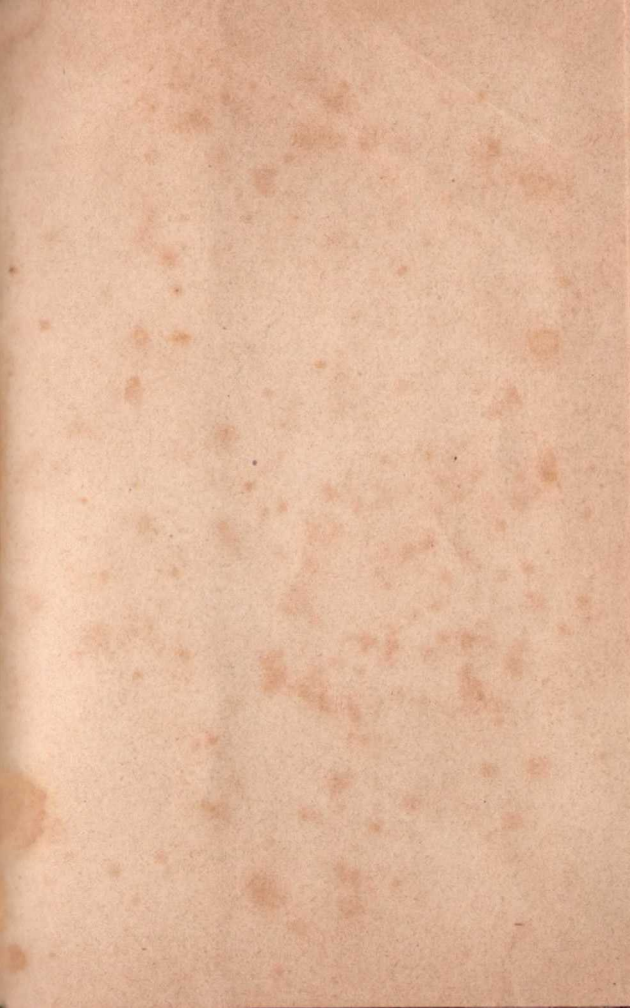
« La primera de todas las condiciones para hacer bien la guerra es tener la firme voluntad de batirse. Cuando un general esté animado de un espíritu verdaderamente belicoso y sepa comunicarlo á sus soldados, podrá cometer faltas, pero ganará victorias y recogerá justos laureles ».

FIN.

ÍNDICE

	Págs.
PRÓLOGO.	v
Principios generales	1
Educación	4
Servicio interior.. . . .	16
Servicio de guardia ó de plaza.. . . .	22
Servicio de avanzadas	31
El Campamento	41
Observaciones.. . . .	45
Rondas	49
Patrullas.	50
Descubiertas	52
Exploradores.	53
Orden de marcha.	55
Ejecución de la marcha.	56
Guías	59
Cuerpos destacados.	62
Espías	64
Desertores, prisioneros, etc.	67
Parlamentarios.	68

Convoyes.	71
Principios físicos y morales del combate de la infantería	76
De la moral en los combates	94
Caballería contra infantería	100
Caballería contra artillería.	103
Empleo de la artillería	107
El tiro.	108
Asistentes y bagajes	109
Marchas y combates de noche.	112
Aforismos.	116
Observaciones finales.	118



398



